

Libros para incidir.

Relámpago de ideas sobre un cuerpo, deseo de abrir fisuras en el debate argentino.



La crítica a los medios de comunicación es compartida por muchos telespectadores y lectores de periódicos, pero muchas veces los propios medios de comunicación obtienen de allí un motivo más para construir lenguajes complacidos con su propia parodia. Con una perspectiva heredada de la crítica clásica a la ilusión ideológica, Miguel Benasayag –filósofo argentino radicado en Francia– y Florence Aubenas –periodista de *Libération*– proponen afirmar su mirada crítica con un riguroso e irónico examen de los cristales de transparencia a partir de los cuales los medios dicen que hablan. No proponen ignorarlos o despreciarlos, sino imaginar otras posibilidades de constituir el relato y la verdad sobre la historia ligada a las transformaciones ocurridas en el conjunto de los saberes contemporáneos.



EDICIONES COLIHUE



EDICIONES COLIHUE

LA FABRICACIÓN DE LA INFORMACIÓN

AUBENAS - BENASAYAG

(FLORENCE AUBENAS
MIGUEL BENASAYAG)

LA FABRICACIÓN DE LA INFORMACIÓN

LOS PERIODISTAS Y LA IDEOLOGÍA
DE LA COMUNICACIÓN



Puñaladas
ENSAYOS DE PUNTA

COLIHUE

FLORENCE AUBENAS
MIGUEL BENASAYAG

LA
FABRICACIÓN
DE LA INFORMACIÓN

LOS PERIODISTAS Y LA IDEOLOGÍA
DE LA COMUNICACIÓN

Puñaladas
ENSAYOS DE PUNTA

COLIHUE

Director de colección: Horacio González
Diseño de colección: Estudio Lima+Roca

(PRÓLOGO)

Título original: *La fabrication de l'information. Les journalistes et l'idéologie de la communication.*

Traducción: Enrique Matías Berger

© Éditions La Découverte et Syros, Paris, 1999.

© EDICIONES COLIHUE S.R.L.

Av. Díaz Vélez 5125 (C1405DCG) Buenos Aires - Argentina

I.S.B.N. 950-581-231-0

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

El ejercicio contemporáneo del periodismo involucra a la vez una filosofía indeclarada, una mitología implícita pero no evanescente y una antropología secreta que elabora a diario las figuras esplendorosas de una verdad que imagina hallarse por encima de todas las demás formas de pensamiento, pero actúa como si su pasaje por el mundo fuera imperceptible o fugaz. El trabajo de Florence Aubenas y Miguel Benasayag es un vigoroso ensayo que intenta poner a luz todos los tratos que la ideología periodística pone en juego para certificar a diario que la materia que trata es la que con todo derecho debe llamarse realidad. Pero para los autores, esa realidad no es otra cosa que un complejísimo montaje de prácticas que le deben mucho más a los mitos de la comunicación y a las fantasmagorías sociales que suelen proyectarse sobre el sentido común que al programa clásico de las eras lozanas en las que reinaba el buen burgués que sabía porque estaba informado y estaba informado porque sabía lo que era la información. La idea de algún modo pavorosa de que el mundo informacional se realiza gracias a un conjunto de acciones que en sí mismas no definen adecuadamente las actividades inherentes al conocimiento, es lo que alienta el contundente concepto de “fabricación de la información”. Es que el producto de la información es procesado por un intrincado en-

samble de partes y segmentaciones del trabajo, cuya opacidad contrasta de inmediato con la declarada ilusión periodística de servir de horizonte de transparencia a la sociedad. Esta feliz conclusión que el periodismo se atribuye a sí mismo es sometida a un lúcido enjuiciamiento por los autores de *La fabricación de la información*. Miguel Benasayag, filósofo argentino radicado en Francia, y Florence Aubenas, periodista de *Libération*, se suman a la tarea de construir nuevos conceptos para abordar esta situación en la que estamos todos sumergidos. Lo hacen con una disposición filosófica clásica (la crítica a la industria de las ideologías) y con una elección ensayística que parte de vívidos ejemplos de la prensa francesa. Al lector argentino le queda la tarea de imaginar estas mismas situaciones en un medio en que no solo no escasean en su empeñosa delectación, sino que no pocas veces se jacta de haberlas explorado hasta las últimas consecuencias.

HORACIO GONZÁLEZ

Luego de haber creído durante un largo tiempo que una cosa es cierta “porque ella está escrita en el periódico”, la convicción popular se ha invertido. De palabras sagradas, las noticias dadas por la prensa se han vuelto, a los ojos de quienes las leen, forzosamente falsas, o siempre sospechosas. Lo primero que pensamos al encender la tele para ver el noticiero es: “¿A ver qué nos quieren hacer creer hoy?”. No existe hoy un solo análisis de medición de lectura o audiencia que no haya integrado esta desconfianza en sus evaluaciones. ¿Qué radio prefiere usted? ¿Y a cuál encuentra usted más confiable?

Sin duda que este giro no es más que uno de los síntomas de una modificación más vasta de los medios y de su papel. Durante todo el período de posguerra, el hecho de “revelar” consistió para la prensa en una gloria y un deber sagrado. Develar el curso secreto de un asunto judicial o las manipulaciones ocultas de un régimen, eso era defender la libertad de opinión, combatir por la democracia. Divulgar la existencia de deportaciones en la Camboya de Pol Pot o el negociado de Watergate constituían para un periodista una forma de combate político y profesional. Este compromiso reposaba y reposa todavía sobre la creencia en que la denuncia pública cambiará las cosas.

En la actualidad no hay más que unos pocos dic-

tadores perdidos o un puñado de corruptos convencidos del hecho de que un gran titular de la prensa podrá sacudir su imperio y que les es preciso cubrir de sombra sus acciones. Paradójicamente, bajo sus hábitos de modernidad, Internet se asemeja a su modo a una nueva irrupción de esta misma vieja certeza: he aquí la red que permitirá a cada uno de nosotros el acceso a las famosas informaciones que los poderosos intentan disimular ante nosotros...

No obstante, ha ocurrido, hace ya un largo tiempo, que un cierto número de regímenes autoritarios han comprendido que la primera plana de un diario no cambia verdaderamente el curso de las cosas. Sean Kabul o Pekín. Tanto uno como el otro han sido acusados no una vez ni diez veces, sino decenas de veces de violar eso que ellos han convenido en llamar los derechos del hombre. ¿Se han puesto más indulgentes por esto? En China, las detenciones no se hacen más de manera clandestina. Las cámaras, incluso las disidentes, filman o evocan las razzias policiales. En Afganistán, la aplicación de la justicia de los talibanes, que cortan las manos o distribuyen el látigo, tiene lugar delante de los estadios repletos y los agentes de la prensa internacional que allí asisten, de tanto en tanto, para dar su reseña. La exposición mediática de la violencia se convierte, en lo sucesivo, en parte del arsenal de represión o disuasión. Es necesario constatar que permitir ver una situación raramente provoca algo más que vagas protestas de organismos internacionales o un puñado de peticiones.

En cambio a un poder que es ejercido abierta-

mente, incluso cuando es injusto, se le acreditará al menos un valor: la transparencia. Esto no es poco, es lo esencial. Un hombre o un Estado "transparente" no puede ser enteramente malo, pensémoslo. Por otra parte el término goza de una existencia brillante. No hay reformas ni combates que no sean llevados bajo su estandarte. Las organizaciones internacionales recomiendan a ciertos países plegarse a "elecciones transparentes"; la ley sobre el financiamiento electoral será bautizada como aquella de la transparencia.

Dejando de lado los tesoreros de los partidos políticos, raros son aquellos que pueden hoy describir los mecanismos o la filosofía de tal texto, saber si responde o no al ideal republicano del escrutinio imparcial y representativo. Sin embargo, todos saben que conseguir el dinero en secreto es en estos días la falta más grave. A un político que se enriquezca a través de una gruesa operación bursátil lo verán como a un viejo pícaro sin importar que las consecuencias de ello se revelen dramáticas para un país o una empresa. Como contrapartida, si él acepta en donación un viaje a Tahití ofrecido por una empresa devendrá la encarnación del mal absoluto.

La transparencia se ha impuesto como la norma central de nuestra sociedad. La figura del bien reposa sobre el hecho de poder ser mostrado. Con mayor generalidad, para que una situación pueda ser expuesta, es necesario que ella sea, ante todo, representable, que pueda aparecer. La prensa se ha convertido en gendarme de esta situación. Por eso, ella contribuye a construir y reconstruir cada día el mundo.

El trabajo del periodista no consiste más en rendir cuenta de la realidad, sino en hacer entrar a esta en el mundo de la representación. Este fenómeno nos ha llevado a considerar la prensa no como una de las piezas de nuestro sistema, sino como un universo en sí mismo, autónomo, con sus códigos, sus imágenes, su lenguaje, sus verdades. Tomando este camino, el objetivo no es designar un culpable ideal y universal, una prensa omnipotente: el mundo de la comunicación ha devenido muy complejo como para no implicar más que una sola categoría socioprofesional. Hoy, nosotros participamos todos del mundo de la comunicación.

Los periódicos se encuentran en efecto en una postura extraña. Ellos jamás han sido tan solicitados como en el momento mismo en que las críticas más duras se acumulan sobre sus cabezas. Cualquiera sea su opinión sobre el periodismo, la más microscópica asociación se propone como primer objetivo desatar una "cobertura mediática". En una palabra, todo el mundo sabe hoy que los periódicos reflejan menos la realidad que la representación que ellos han creado, pero cada uno quiere, por tanto, allí estar presente. "Pasar a la tele" se ha transformado en una etapa aceptada para quien hoy quiere "existir".

Dar a luz otra prensa es hoy un asunto de todo el mundo, de aquellos que la hacen, de los que allí aparecen y de quienes la leen.

La revolución fracasada

Como los pasajeros de un avión, reunidos fortuitamente para el instante de un viaje, los países de todos los continentes y los hombres de todos los confines se reencuentran cada día, apretujados codo a codo, en una intimidad de circunstancia que ellos denominan las "actualidades". He aquí el mundo el día de hoy, dice el periodista. El caldo, ciertamente, de dramas, de violencias, de cualquier gran satisfacción, pero cada uno en su lugar, bien instalado. Para quien lo mira, llamémosle un lector, un espacio así cuidado no es forzosamente tranquilizador. Le mostramos una Tierra cuadrada y él dice que ella es redonda. Ella no puede ser la realidad, ella es forzosamente una construcción, se dice a sí mismo. Entre dos guerras, ¿por qué Kosovo y no Sierra Leona? Entre dos podredumbres, ¿por qué este ministro y no aquel diputado?

En cada debate sobre la prensa, el público jamás falla en traer, bajo todas sus formas posibles, su pregunta favorita: "¿Usted ha ordenado hacer un artículo sobre tal sujeto? ¿Con qué objeto?". La mayor parte de los lectores están íntimamente persuadidos de que esas elecciones no son, en todo caso, tan espontáneas. Ellos imaginan la sala de redacción como una especie de receptáculo donde, en un ambiente más o menos histérico, afluyen, todas al mismo tiem-

po, las informaciones confidenciales y las presiones que vienen de los poderosos del mundo. Los directores de periódicos oscilarán entre esos dos polos, aquello que saben y aquello que pueden decir. En tanto, sostendremos que existe una censura del poder económico, como una autocensura ideológica. O a la inversa. O las dos.

Recientemente, ciertos intelectuales han criticado con brío la connivencia tejida entre los intelectuales y los círculos de poder. Mayor necesidad, según ellos, de la lucha de influencia en el sentido tradicional del término: gobernantes y hombres de los medios aparecen en un mismo mundo, donde los unos y los otros defienden, cada uno a su manera pero todos con la misma naturalidad, los intereses y las decisiones.

Entre la abundancia de lo dicho y lo no expresado de modo acabado, en ese tipo de análisis se reúnen todas estas críticas. Si la prensa hace sus elecciones, ellas obedecen forzosamente a una estrategia, sufrida o deseada. Esto es remarcado cuando los periódicos cometan excesos, se "traicionan" de algún modo. Así, todos los periódicos han sostenido los acuerdos europeos de Maastricht: de modo demasiado importante para ser honestos. Este bien puede ser el signo de una conjura con una parte de la clase política que milita en la misma causa. Alcanza, desde luego, para reemplazar estos periodistas por otros, o sus decisiones por otras, hasta llegar a una información al fin dosificada con justicia y justeza.

Tal vez sea necesario ver las cosas con mayor mo-

destia. Los periodistas no reciben tantos de esos golpes telefónicos. Esos llamados son más bien bastante raros como también las cenas compartidas. El hecho de que un jefe de redacción tenga un hijo que deba rendir el examen final del bachilleto jugará sin duda un rol más importante en el tratamiento del informe sobre "educación" que la reforma del ministro o la amistad que liga a este último a un periodista. La prensa es la primera dueña de sí misma. Ella funciona como un gran mecanismo que acuña su propia moneda. Ella reacciona sobre todo en función de sus propias reglas más que maniobrada por una táctica.

Cada periódico o canal de televisión tendrá con seguridad sus colores, su tono, su estilo. En este sentido, *Le Figaro* y CNN, *El País* y *Le Quotidien d'Oran* no tienen absolutamente nada que ver. A propósito de un mismo evento, sus analistas y sus puntos de vista poseen grandes posibilidades de ser radicalmente opuestos. Los directores de periódicos son más amigos de las polémicas entre ellos que de los consensos. A favor, en contra, claro que sí, pero... enfrentemos, sorprendamos, irritemos al lector. Podemos desplegar toda la gama de puntos de vista y comprobar que ciertas revistas de prensa se dan por misión agitar ese abanico.

Por tanto, esta aparente diversidad esconde bien un profundo acuerdo. Tenemos el derecho a decirlo todo pero con la condición de hablar de la misma cosa. De Londres a Tokio, todos los periódicos del mundo tratarán generalmente el mismo aconteci-

miento y le acordarán, la mayor parte del tiempo, una importancia comparable. De acuerdo o no con la línea política de Hillary Clinton, la prensa mundial en coro ha hecho un gran caso en 1999 a su candidatura en las próximas elecciones de senadores americanas. Cada corresponsal en Washington se ha devanado los sesos para saber de qué manera abordar el “sujeto”, cómo mostrarse más iconoclasta, más gracioso o, al contrario, más profundo que su competidor. Todo o casi todo puede estar hoy escrito, mostrado. Quedan pocos tabúes y atropellarlos será una impertinencia apreciada.

Una sola elección permanece absolutamente impensable: ignorar el sujeto. El sistema de la prensa no vive dentro del “pensamiento único” pero sí en un mundo único donde todos han acordado encontrar tal acontecimiento digno de interés y aquel otro despreciable. Cada situación comportará, en su momento, un muestrario de parámetros, los mismos para todos. A la muerte del rey de Marruecos, en julio de 1999, un título destacó la envergadura política del personaje, otro su complejidad personal, un tercero su popularidad o el carácter autoritario de su régimen. Una vez más tuvimos una variada gama, cada título insistió en un aspecto más que en otro. Pero todos hacen el esfuerzo de no olvidar ninguno e incluir los más negros. Hace apenas diez años abordar en la televisión pública la cuestión de los derechos del hombre en Marruecos era una decisión torpe. Hoy es la norma. Bravo. No pretendemos quejarnos, todo lo contrario. Es preciso subrayar que, lejos de

buscar disimular un aspecto, cada medio intenta no dejar de lado ninguno. En el *Pato encadenado*, semanario satírico que vive sin receta publicitaria hasta en TF1, símbolo de la cadena comercial, la prensa se vuelve a encontrar mucho mejor con la elección de los sujetos que con la elección de los ingredientes que hace entrar allí.

Es sin duda en el tratamiento de las “personalidades” que esta unanimidad es legible con mayor evidencia. Entonces todo el mundo mira la misma persona, en el mismo sitio y al mismo momento. Basta con que el anciano ministro Bernard Kouchner sea nombrado representante de la ONU en Kosovo para que, inmediatamente, la mayor parte de las informaciones que vienen del interior y repercuten en los medios franceses den cuenta de las idas y vueltas del nuevo gobernador, abandonado al ridículo. El actor Richard Gere de visita en los campos de refugiados, el presidente en la tribuna de un partido de la copa del mundo o el jugador de fútbol en el *jardín de fiestas* de l'Élysée, la canción de gesta de los héroes no dejan de vampirizar la actualidad. Él ha hecho..., él ha dicho..., los más mínimos lapsus son consignados.

La designación de aquellos quienes llegarán a ser las estrellas de la información se realiza con el mismo consenso mediático. Con un acuerdo sin fallas, de Nueva Delhi a Tokio, Lady Di o Michael Jackson serán sagradas estrellas planetarias, cuya notoriedad absoluta excede largamente el impacto de su vida. Le dirán: el público desea escuchar hablar de ellos.

Hay una verdad comercial en esos lugares, además sería absurdo negar una forma de cristalización alrededor de ciertos personajes. Pero la prensa se consagra todos los días a hacer aquello que sonrojará al último de la clase: mostrar el mundo a través de la vida de los grandes hombres. Los historiadores lo han hecho por largo tiempo, partiendo del principio de que algunas figuras o algunos acontecimientos deberían poder sintetizar, representar la totalidad de su época. La multiplicidad había terminado por desaparecer en provecho de esos fragmentos y la historia había devenido en esa larga letanía de fechas y de nombres de soberanos. Con ello, la enseñanza consideraba como sabida la vida entera de la nación. Pasados más de veinte años la Escuela de los Anales ha puesto en cuestión esta visión alienante y cada uno sabe de ahora en más que el funcionamiento de un siglo no se resume en la ceremonia del despertar o de acostarse de los reyes.

Ocupados en la misma diligencia, los periodistas han logrado que el barco aparezca sin ellos. Los periódicos, las experiencias de prensa, han ensayado (y algunos continuado) sumergirse ellos también en la espesura de lo real, en lo inesperado. Pero esta tentativa se ha lanzado en un camino plagado de obstáculos. El reportero sabe, en efecto, la irreductible porción de subjetividad que implica su trabajo, simplemente porque frente a una situación nadie ha visto jamás las mismas cosas que su vecino. Y más que afrontar la multiplicidad del mundo, los periodistas se dejan ir primero detrás de su propia singularidad, trans-

formando la prensa en un inmenso diario íntimo. Sus estados del alma, sus inquietudes de cara a una catástrofe devendrán la sustancia de sus artículos donde el mundo no aparece más que como telón de fondo de ellos, su paisaje tormentoso. El sujeto, ese es el reportero y el drama que él descubre, no servirá más que para incorporarlo mejor en la escena a él mismo. Así, antes de cansarse, los lectores sin duda han aprendido mucho sobre la psicología de los periodistas...

Entonces, violentados por ese movimiento, los pequeños, quienes no tienen gloria, los insignificantes, se han deslizado hábilmente en la prensa. Pero los periodistas han buscado no a los que pudieran testimoniar ese papel sino a quienes pudieran interpretarlo. Ahora, en el noticiero, alrededor de los poderosos tenemos todas las noches algún fulano desconocido: ellos son la imagen de los fulanos desconocidos. Sin duda que la mala fortuna de los periodistas es haber fracasado colectivamente en su revolución.

El lector tiene razón en esto. Lo que él ve en los medios es una construcción que posee sus personajes, como también su decorado, su historia y sus leyes. Cada uno tiene un papel y allí se incluye la misma prensa. "He aquí el mundo", anuncia el periodista. Pero un mundo apartado, sustituto del real que ha devenido un estorbo que altera el orden dispuesto.

Los periodistas en busca de personajes

El ambiente es un poco el de esos viejos números, donde el prestidigitador carga un nudo mariposo

sa y un conejo blanco en cada bolsa. Para mostrar acabadamente que él no hace trampas, hace entrar en escena una dama de la primera fila quien lo cortará en pedazos, o hace aparecer un hámster sobre la espalda de un caballero del fondo. Pero los mismos espectadores convocados a estar bajo las luces saben por qué están allí: para crear mejor la ilusión.

Para la prensa, convocar desconocidos al estrado ha llegado a ser el último truco. Su voz jamás es la misma, sus nombres cambian. Ellos habitan en una ciudad o en otra, pero finalmente eso qué importa. Sus rostros son desconocidos para nosotros pero sus figuras nos son familiares. Los reconocemos inmediatamente cuando aparecen en los periódicos o en la televisión. Por acá el vecino que no ha entendido nada. O el chofer de colectivo que se ha hecho agredir. Luego desfila el asesor del ministro quien desea permanecer en el anonimato, el joven artista que hará un papelón, el pequeño juez, el diplomático occidental enviado a Cuba, el refugiado, el chofer de taxi iraquí... Sobre la banda inferior de la pantalla de televisión donde se inscribe generalmente el nombre del entrevistado no es extraño leer a modo de identificación: “joven de los alrededores”, “desempleado” o “anti-europeo”. Y eso basta. Con la lectura de esos títulos, ¿qué espectador o lector no comprende hoy inmediatamente aquello que verá, sobre lo que habrá de entenderse?

Toda situación inédita producirá sus propias criaturas. ¿Un atentado? Encontraremos al bombero heroico y al sobreviviente. ¿Un movimiento estudian-

til o social? Buscar al líder y al manifestante que desfila por primera vez. Hay mil ejemplos de estas figuras surgidas en la prensa durante tiempos de crisis. En las redacciones, estupefactos encargados de artículos han requerido alguna vez: “Se precisa un profesor encolerizado contra la reforma escolar”. O bien “una víctima de las inundaciones que estime no estar lo suficientemente cubierto por las aseguradoras”. Es raro poder seguir la corriente librándose a merced de una situación y no intentar calcular, sin malicia alguna, a dónde conducirá. Raramente el periodista “descubre”. En el mejor de los casos encuentra y en el peor, encuentra aquello que buscó. Existe un nombre para eso: Ideología. “La ideología, está cuando las respuestas preceden a las preguntas”, escribió el filósofo Luis Althusser.

Por fin, de una buena vez, el periodista sostendrá que ni él ni nadie sacaría nada filmando un elevador de cerdos encolerizados. Todo lo que él quiere es una imagen. Pero poder exponer una situación solo si ella es representable constituye una ideología, la del mundo de la comunicación. Para tener el derecho de vivir allí hace falta aceptar entrar en la espectacularidad. La existencia pasa por la aceptación del hecho de devenir virtual.

Como el ambicioso en Balzac o Gnafron en “Guignols de l’info”* esos son, en efecto, los perso-

* “Guignols de l’info” es un programa televisivo francés en el que por medio de marionetas se representa una sátira de los noticieros y los políticos. (N. del T.)

najes —y siempre los mismos— que encarnan cotidianamente las informaciones. Los actores cambian, el rol permanece. Los programas se ofrecen de buena gana ante ellos, no porque expresen lo que desean sino por su oficio para decir los discursos que la prensa les alcanza o espera de ellos. El problema no está, evidentemente, en el hecho de retratar un hombre o una mujer de la actualidad. Comienza a partir del momento en que un periodista busca alguien que simbolice una situación. Eso supone que él ordena su trabajo, sin importar que lo haga con las mejores intenciones, en función de una conclusión ya elaborada. Por ejemplo, delante de un elector del Frente nacional un periodista se esforzará en hacer salir una sola y única frase, la menos sorprendente de todas, la que aparece en cada folleto del FN a lo largo de la campaña. Una variación más o menos sulfurosa alrededor de: “Hay demasiados inmigrantes”. Ahí está, una frase negligente. Muchas gracias señor, vemos que teníamos razón en pensar lo que pensábamos, hasta luego.

En lugar de provocar una situación, de permitirle cobrar actualidad, este trayecto la cierra. La vedette desvalida o el SDF salvado de las aguas no están acá para hablar de la enfermedad o la miseria, ellos no son la representación expiatoria y espectacular. Cada uno de los entrevistados es puesto en escena para simbolizar un rol, una pasión, un lugar social, un punto de vista que reduce la multiplicidad de voces posibles a una palabra inmediatamente identificable.

La problemática se encuentra eludida de hecho.

Podemos complicar la cuestión creando “situaciones”, sainetes donde los personajes elegidos van a confrontar, a responderse unos a otros. Como la célebre variación alrededor del tema: debate entre un portero y un primer ministro. En lugar de abrir otra dimensión o de hacer surgir instantes de sinceridad o de vitalidad, la discusión gira hacia la caricatura, donde la prensa remite lo peor de ella misma. Detrás de un aire de frescura, esos “desconocidos” se encuentran para interpretar los cándidos de la comedia con la impertinencia calculada de los sirvientes de Molière. Así, durante la entrevista a una vedette del espectáculo, un muchacho de quince años preguntó a su ídolo cuántas operaciones de cirugía estética había sufrido.

El reclutamiento de estos entrevistadores de un día se hace a costa de una selección de candidatos potenciales. Según el ambiente que deseemos en el estudio del talk-show, elegiremos, para interrogar a un gran patrón, a un desempleado más bien que a un ejecutivo desbordado (o a la inversa). Le será explicado con esmero cómo comportarse frente a una cámara, el tiempo que debe tomar cada pregunta, etc. Ocurre un poco como si un cliente de una panadería, descontento con el gusto del pan, se viera de repente con el propósito de hacerlo él mismo. “Pero precisará entonces al patrón, debe utilizar los mismos ingredientes que yo, la misma receta y el mismo horno. Y le aconsejaría ponerse mi delantal blanco para no ensuciarse.” Hay pocas oportunidades de que otro pan salga del amasador.

No acaba todo en encontrar los personajes. Falta aún la puesta en escena. Un investigador con guardapolvo blanco rodeado de probetas tendrá un aire más “verdadero” que sentado en la peluquería. Si en algún momento se traba al hablar será preferible grabar la escena nuevamente para mejorar el sonido. En cambio cuando se trate de un desempleado de larga data en situación precaria farfullar no es un problema sino una ventaja. El desempleado es por definición perdido, confuso. Será más creíble vestido de modo informal que con traje. Hay incluso quienes son enviados a vestirse como de costumbre por necesidades de imagen. Entonces los hacemos como son ellos mismos. Para que los jóvenes de los alrededores tuvieran un aire más concerniente al islamismo, el técnico de un canal les ha añadido barba. De igual modo, en la misma foto de Makomé en que acababa de hacerse matar en una comisaría se la mostraba blandiendo una botella de champán: esta “imagen de jarana” no reflejaba la situación, según un periodista que deseaba utilizar el cliché. Un disparo de goma sobre la gran botella... Cuando se muere en el drama, es preciso saber permanecer en su interior.

He aquí un paso, aquel del cual a veces no se rinde cuenta. Si alguien se lo reprocha, el periodista puede ser el primer asombrado. Curiosamente, se defenderá exactamente dentro del mismo registro que la mayor parte de sus críticas, el de la manipulación. Él responde: “No es grave puesto que yo no tenía la intención de hacer mal. Al contrario, deseaba brindar una ayuda a este joven hombre, mejorar su ima-

gen”. No hay móvil, no hay crimen. El “razonamiento” funciona también ante la mirada de aquellos que no ven en la prensa más que un conjunto de artimañas secretas. Pero ellos parten del lugar opuesto: un crimen, luego, un móvil.

Por otra parte, los periodistas no son los primeros ni los únicos en emplear el engaño para hacer algo más verdadero. A principios del siglo XX, en el momento de eclosión de la antropología, muchos investigadores estaban tan convencidos de la exactitud de sus hipótesis sobre la evolución humana que rehusaban dejarse desalentar por excavaciones infructuosas. A falta de encontrar la prueba que vendría a darles la razón ellos terminaron por construirla con todas las piezas, ensamblando un cráneo encontrado en algún sitio, un fémur descubierto en otro lado... A veces la hipótesis se revelaba correcta, otras errónea. En todos los casos, la notoria prueba de la superchería. Como ellos, los periodistas ceden ante la impaciencia, ante el gusto por el éxito y el reconocimiento a un ritmo bastante rápido o ante las miles de excelentes razones para no tolerar las exigencias del mundo. Entonces, con buena conciencia se lanzan al acomodamiento con lo real.

Quedan todavía una decena de años; “trucar” un reportaje consiste en manipular su contenido. En hacer creer, por ejemplo, que los militares americanos habían descubierto el cadáver de un extraterrestre y filmado la autopsia de la supuesta criatura en una base aérea de los Estados Unidos. O, para un reportero, matizar un artículo de heroísmo dando a

requiere el sello. La prueba es prácticamente infalible. La ciudad está calma, adormecida. Cada uno se ocupa sin molestia de sus pequeños asuntos hasta que, atención, aparece un reportero. En algunos, esta simple aparición, provoca al instante un comportamiento especialmente preparado para los medios, destinado solo a ellos, un espectáculo a medida hecho en base a desprecio, muecas, palabras desencantadas, todo en dos minutos treinta cronometrados. Con un poco de mala suerte alguno, para la ocasión, hasta prenderá fuego a un auto. “Como en televisión”, precisará esta vez algún pequeño. En Reims, hace algunos años, un colectivo municipal también tenía derecho a su antorcha. El comisario del lugar era conocido por apostar al estilo “yo prefiero el diálogo a la represión”. A los muchachos él les ha preguntado: “¿Por qué?”, “El Odio”, le han respondido ellos sin titubeos. El comisario ha permanecido sorprendido hasta que ha empezado por comprender que no era de ellos mismos de quienes hablaban, sino de la representación cinematográfica. Sí, *El Odio*, la película de Mathieu Kassowitz; ellos deseaban imitarla.

En efecto, esto vuelve. Pero en ronda, en giros. Desligada de la realidad que la ha fundado, las imágenes difundidas por los medios han devenido la referencia. Los actores de lo real ensayarán a su turno para conformarse de acuerdo a estas figuras, devenidas más verdaderas que su vida.

En otros lugares, otros jóvenes saben que es menester responder a la dama o al señor de la prensa.

Los centenares de miles de participantes de las Jornadas mundiales de la Juventud, organizadas en 1997 por la llegada a París del papa Juan Pablo II, se han revelado como las bestias de la escena entonando cánticos y bañados en las fuentes para placer de las cámaras. Sin ese “feedback”, sin esta aceptación de fluir en su propia representación mediática de una parte de la población hasta en los detalles más técnicos, el mundo de la comunicación no podría subsistir.

En el Norte, donde un barrio de viviendas de protección oficial hace la comidilla de la crónica, un joven hombre ha devenido en el interlocutor privilegiado de los reporteros que desembarcan. Él sabe perfectamente la persona que es preciso proponer para el noticiero TF1 y aquel que preferirá la emisión “Enviado especial”. Entre sus amigos, selecciona aquellos que convendrán mejor a un reportaje o a otro. Raros son los que se rehúsan. La mayor parte hablan con soltura al periodista. En efecto, si el reportero ha integrado los apremios técnicos (y ese es su oficio) que ciñen su trabajo, estos imperativos habrán entrado también en la cabeza de aquellos que entrevista. “¿Cuánto tiempo tiene para el sujeto?”, “¿qué cortará?”. A menudo esto es parte integrante de la conversación.

Esta “mediogenia” –como diríamos fotogenia– de una categoría de habitantes de la ciudad explica en parte la importancia de estos barrios en el tratamiento de la prensa: sin los jóvenes de los suburbios, las ciudades serían asilos en las que nadie vendría hoy a romper el aislamiento y la exclusión. Como

resultado de esta mediatización del sentido, hoy, por toda Francia, suburbio es sinónimo de gente joven sin empleo y generalmente de origen extranjero.

Pero ocurre también que la realidad se rebela, raramente es cierto, contra el modelo que le proponen los medios. Sin duda el fenómeno se ha acelerado después que gran parte de las categorías socioprofesionales rezongaron para federarse o para elegir representantes en el marco de las instituciones tradicionales. Los periodistas se encontraron de repente sin sus barómetros habituales, sus interlocutores patentados capaces de producir “reacciones” sintéticas a merced de los acontecimientos. De cara a una masa polimorfa de individuos que insisten, cada uno de ellos, en que no hacen política y que no representan más que a sí mismos, la prensa mal puede resistirse a la tentación de designar portavoces “salvajes”. Es evidente que estos elegidos mediáticos no coinciden forzosamente con aquellos que la población concernida habría designado, pero ellos responden a las necesidades de una reconstrucción periodística del problema.

Generalmente, con motivo de dejar expresarse a eso que está convenido llamar “sociedad civil”, la prensa termina por transformar a cada ciudadano en un pequeño charlatán, colocado en aquel molde del que es función oficial. Allí se reencuentra el mismo juego de las “pequeñas frases”, la misma palabra construida, las mismas convenciones. Existe, de ahora en adelante, un “sonido oficial” de los no oficiales. Tal fue la triste y breve historia de Tarzán, coronado en

1992 rey de los camioneros en razón de una de las numerosas huelgas de los pesos pesados. Desligado de cualquier corriente política, sin compromisos particulares, los discursos acalorados de Tarzán no tenían, fundamentalmente, nada de diferente de aquel otro del chofer del camión del costado. Pero él los decía del modo preciso en que hacía falta, con un tono personal pero sin exagerar, porque de lo contrario, el personaje decaería del caso general al particular. En el mundo de los medios, los Tarzán son el miedo bendito de la prensa. Adhiere a la situación, luego la condensa con su apodo y sus tatuajes, con su gran jeta y sus remeras llenas de agujeros. Él es “El camionero enojado”, tal como se lo figura el imaginario popular. Un diario lo retrata en su portada y luego otro... Dos meses más tarde, Tarzán, devenido en vedette, es con toda naturalidad invitado a Matignon para negociar la salida de la crisis. El problema es que Tarzán no representaba el símbolo de los camioneros más que a los ojos del periodismo. Los choferes no se habían reconocido en el espejo tendido. “Él no nos representa”, han afirmado sus colegas y cada uno sabrá apreciar lo acertado del término.

Más allá de la resonancia de un acontecimiento, la capacidad de sus actores para investir la escena mediática permitirá o no exagerar las cosas, dará un color u otro a la actualidad. Por ejemplo, cuando en Francia ocurrió el asunto de la sangre contaminada, muchos periódicos habían estado tentados de consagrar vastas imágenes a los hemofílicos, principales víctimas del escándalo. Pero, para hablar crudamente,

esas enfermedades no son “mediagénicas”. No ha sido espectáculo el drama de los hemofílicos bajo tratamiento a lo largo del año, habituados al repliegue íntimo, a una vida tranquila. Es el dolor sin llantos, la injusticia sufrida sin rebeldía lo que surge si releemos sus entrevistas. Nada que encienda, nadie que vocifere, nada de gritos. A falta de una virgen en pena, el asunto de la sangre contaminada permanecerá en los archivos por el escaso lugar que fue consagrado a las víctimas.

Pequeños consejos para aquellos y aquellas que deseen pasar por los medios

Para una entrevista, el periodista sabe, aun mejor que su invitado, aquello que este último irá a decir. Normal. Para un foro sobre cuestiones humanitarias, el animador habrá tomado el minucioso recaudo de invitar a los que defiendan el “deber de injerencia”, aquellos que denuncien el *charity business*, etc. Si un interviniente se aparta del ítem que le ha sido asignado, el periodista lo llama al orden con firmeza pero lleno de buena voluntad, como un profesor benévolo que hace dar lección oral al estudiante: “No, no, eso no es así. Vaya a lo esencial”. Cuando esto ocurre se trata de lo que el mismo periodista considera como lo esencial. El mecanismo se aplica a todo: lo interesante es aquello que a él le interesa, lo conocido es lo que él conoce, lo disgustante es lo que a él disgusta. En el momento del eclipse del

siglo, en agosto de 1999, un periodista de radio gastaba una broma a uno de sus colegas que se esforzaba en explicar los efectos del fenómeno en referencia a la teoría de la relatividad. ¡Qué graciosa idea! “No comprendemos nada, no sabemos nada y los oyentes tampoco.” El sistema de la comunicación exige que toda interferencia que lo altere sea suprimida. Solo lo inmediatamente reconocido soporta, para el confort del “gran público”, ser difundido. “Gran público” es el nombre que la prensa ha dado a uno de sus más grandes fantasmas.

Cuando las entrevistas se efectúan sin el ojo indiscreto de las cámaras, quizás los periodistas son, paradójicamente, más narcisistas. Ocurre, incluso, que durante la conversación los roles se invierten. Aquel que debería aportar las preguntas de pronto se pone locuaz. Confisca la palabra. Explica interminablemente lo que él conviene en pensar de una situación a aquel que ha convocado para exponer. Y es él, quien aprovechando el tono de confidencia, termina por contar su vida.

Pero ocurre que algunos entrevistados reniegan a dejarse vaciar en el molde. Este es el caso, por ejemplo, de investigadores, intelectuales o artistas, quienes en general se muestran reticentes a resumir en unos pocos minutos años de investigaciones. Ser comunicador —y este es un consejo que damos a los interesados— no es sin embargo tan complicado como eso. Basta con estar atento a quien lo entrevista para saber rápidamente qué ha venido a buscar, es decir aquello que él piensa de vuestro asunto. Cuando él

empieza a anotar, eso es un buen signo. Cuando él dice al cameraman que filme, también. Si él dispara: “Lo comprendo bien, pero voy a hacer de abogado del diablo...”, usted está a punto de fallar el examen. Pronto, también corre el riesgo seguro de no existir. Si él suelta: “Esto es complejo para el gran público...”, usted está perdido. Vuestros años de investigación caen en el abismo. Usted no le ha agradado lo suficiente. Vuestro editor se lo hará notar.

La próxima vez, usted sabrá que, contrariamente a las apariencias, no es en absoluto el periodista quien debe informarse sobre su trabajo antes de encontrarse con usted, sino a la inversa. Inclínese ante él, estudie aplicadamente su biografía. Eso le evitará enojarlo con vuestras propias preocupaciones. A cambio él lo encontrará apasionante cuando comprenda que habla de sus pequeños caprichos.

Sin embargo, es necesario constatar que las dificultades y las eventuales humillaciones a las cuales se exponen los candidatos a la imagen no han disminuido en nada su número. Después de un artículo o una emisión, regularmente se elevan protestas que hablan de traición, de manipulación. Cada uno sabe que el resultado de la visita de un periodista no es forzosamente controlable, puede reenviar una imagen que no es la que uno desearía dar. Debido a eso, existen hoy en día tantos impacientes que todos los días golpean las puertas de diferentes órganos de prensa para solicitar una entrevista o hacer saber que ellos tienen cosas para decir. Incluso a quienes disgusta la gestión, raramente resisten si se presenta la

ocasión. Quienquiera que se encuentre, por azar de la actualidad, confrontado a un periodista, generalmente pasará el primer cuarto de hora del encuentro desahogándose de sus malos pensamientos sobre la prensa y haciendo gestos antes de responder. Pero a la hora de despedirse, generalmente, él mismo preguntará si por casualidad no habría una pasantía para su prima o qué escuela le aconsejarían para un aprendiz de periodista. ¿Cuántas personas que la víspera hubieran jurado que no las tendrían allí, se encuentran una noche maquilladas y nerviosas bajo las luces de un estudio? “Estamos obligados. Hoy en día no se puede hacer otra cosa”, argumentan sinceramente. Rehusarse sería incluso sospechoso.

Para la mayor parte de las personas, aparecer en los medios en absoluto constituye una experiencia interesante o divertida. Aquí, convendría más hablar de un “pasaje a la tele” en el completo sentido de un rito de pasaje, una travesía que tal vez sea penosa pero que permite acceder desde el mundo de los invisibles a aquel de los visibles, a un nivel superior de la vida. Es preciso haber percibido el cambio, de un día a otro, en la mirada de su panadera después de haber aparecido en las actualidades, aunque haya sido fortuitamente en la multitud de una manifestación, para comprender el impacto de un “pasaje a la tele”. Si por casualidad la invitación estaba hecha en la debida y buena forma, usted habrá devenido el prisionero escapado de la “caverna” —aquella de *La República* de Platón— que ha conocido el verdadero mundo. Pues el mundo verdadero, nadie lo duda, es

el de la representación. En el festival de Cannes, pasados algunos años, los animadores o críticos de las grandes cadenas han sido más aplaudidos que las vedettes de películas al pie de la escalera de honor. El cine sigue siendo el cine. La televisión es el mundo. Un hombre político o público llegaría a dudar de su propia vida si no tuviera acceso a la representación. Para él, la única y verdadera definición de la existencia, la única prueba, es pasar a la televisión.

Evidentemente, es posible reírse de ello, pero esto no ocultará el sentimiento de millones de personas que, a partir de sus vidas invisibles, aceptan tácitamente una suerte de inferioridad frente al mundo de los visibles.

Las razones por las cuales alguien deviene “visible”, talento o competencia, son a menudo completamente reales. Pero, aquel a quien los medios distingan, quienquiera que sea, tendrá, de ahora en más, autoridad para decirlo y hacerlo todo. Por otra parte, él será el primero en creer en su propia “metamorfosis”, asumirá su rito de pasaje como un verdadero cambio. Porque un día él ha sabido alguna cosa sobre la metástasis o porque juega bien a la pelota, un cancerólogo serio o un jugador de fútbol, van a informar al mundo, de ahora en más, sus puntos de vista políticos o artísticos. He acá el artificio que da el derecho de existir. Una vez atravesado el vado, cada uno gana un peso, una autoridad que le brinda el derecho de aparecer en toda situación.

Los contestatarios “invisibles” no son, en este mecanismo, los que funcionarán últimos. Entre cama-

radas o militantes la primera preocupación será saber con qué personalidad, del cine u otro ámbito, ellos podrán contar para brindar su lucha verdaderamente “seria”. Incluso los más marginados consideran que la única estrategia que hoy puede volver “visible” su reivindicación es hacerla encarnar en alguna estrella que encabece el reparto.

Por una vez, a merced de las modas, un país, una minoría o un individuo devienen momentáneamente “visibles”. Las películas, las publicidades, los artículos, milagrosamente, harán existir lo que ayer nomás permanecía celosamente oculto. Las luchas obstinadas de algunos grupos o minorías logran por un tiempo un verdadero ensanchamiento del campo visual. Por ejemplo, con su lema “lo negro es bello”, los negros americanos han logrado trastornar los criterios estéticos y modificar la norma.

Para lograr de un golpe el rito de pasaje, hay un camino que parece el más seguro. Devenir verdaderamente amenazante. Aquel especialista en informática que había tomado de rehenes a los niños de una escuela maternal en Neuilly, había administrado sus relaciones con la prensa como uno de los aspectos estratégicos de su operación. En sus reivindicaciones, pretendía encontrar al periodista más conocido de la cadena más grande. Abatido por la policía, este hombre dejó documentos donde explicaba que, luego de un licenciamiento que estimaba abusivo, solo el reconocimiento público, y por ello mediático, podría, a pesar incluso de la repulsión, restituirle una forma de dignidad.

Todo ocurre como si, fuera de esta dimensión espectacular, nada más podría pretender el espesor de un acontecimiento o de un hecho. El sufrimiento, la alegría, la injusticia, continúan existiendo en el mundo invisible, pero si ellos no acceden a su representación, de pronto parecen de un brillo menor. La fiesta del 14 de Julio estuvo bien lograda, diría el alcalde de un pequeño pueblo, “pero la prensa no ha venido”. Incluso la desgracia pierde sentido sin los proyectores. Los familiares de víctimas de catástrofes vienen a comparar la cobertura mediática de su drama con el de una tragedia precedente. “¿Por qué hubo más prensa para los niños muertos en el colectivo que para los nuestros, muertos en la colonia?”, se quejaba una madre hace algunos años. Y en la confusión, ella lanzaba miles de lágrimas a causa de los reembolsos de las aseguradoras (“que harían menos problema si hubiéramos pasado a la tele”), la intensidad del drama (“hemos tenido más muertos que ellos”) y el hecho de que el dolor no se midiera verdaderamente más que en términos de cámaras, tal como antiguamente contábamos el número de las llorosas al borde de los ataúdes.

Visibles e invisibles; esta dinámica termina por crear una verdadera subjetividad de nuestra época. Es casi imposible para nuestros contemporáneos ordenar sus vidas según otra cosa diferente que esa promesa de visibilidad.

Pequeño tratado de geografía

El principio del trabajo periodístico, a primera vista, parece bastante simple. La tierra es un planeta donde siempre ocurren una enormidad de acontecimientos que merecen ser conocidos. Los periodistas observan esas cosas y las cuentan. Por lo tanto, sin parecer exageradamente altaneros, este mecanismo aparentemente elemental merece ser examinado en sus fundamentos. ¿Qué significa que una cosa “pase”? En principio, el acontecimiento nace cuando la norma se rompe. El hilo de la normalidad cede de pronto ante un hecho que estalla, que desentona con relación a la regla. Pero los desgraciados que son asesinados y los aviones que se estrellan son aún demasiado numerosos como para que un diario los contenga a todos. Una selección se operará luego sobre la masa de informaciones susceptibles de ser publicadas.

Con seguridad, algunas reglas pueden ser prescritas y fácilmente comprensibles. La más célebre que sin dudas queda es aquella antigua ley de la proximidad, vieja como la prensa y cuya ecuación se aplica en todas las redacciones del mundo: es necesario dividir el número de muertos por la distancia entre el lugar del acontecimiento y la sede del periódico para encontrar el tamaño del artículo finalmente publicado. Un accidente de tren, en las estaciones

de Lyon a París, será más bien “cubierto” por la prensa nacional (cuyas oficinas están en la capital), que un accidente comparable sucedido en Marsella; ni qué hablar de un descarrilamiento mortal en la India o en África.

Existen en la prensa los tamices más sofisticados para seleccionar lo que será considerado como importante y lo que se revelará anecdótico. Por ejemplo, una larga “cobertura mediática” ha sido consagrada a la condena de Francia por la Corte europea de los derechos del hombre de Strasbourg en julio de 1999. En la comisaría de Bobigny, un traficante de droga suponía que había sido apaleado y violado por policías en 1991. Hasta el momento, solo un único país había sido condenado por esos mismos motivos y por la misma corte: Turquía. El juicio había pasado desapercibido. Humanamente, los periodistas han sido, ciertamente, conmovidos por los dos casos. Solo que uno los ha sorprendido y el otro no.

Más allá de su buena o mala fe, el periodista da, de ese modo, dos informaciones a la vez. La primera es visible: Francia ha sido condenada por “tortura”. La otra yace oculta detrás, un segundo sentido, raramente enunciado, que no aparece generalmente más que en lo profundo: es increíble que en un país democrático como Francia se haya podido cometer una violación en una comisaría mientras que en Turquía no tiene nada de anormal. Dicho de otro modo, existe una especie de escala de Richter tácita a la que se refieren los periodistas y que define lo que está sujeto a sorpresa y lo que no. En un mismo movimiento,

ellos informan/forman la opinión de quien debe problematizarla.

Alrededor de esta taxonomía de los hechos y del mundo se agenciará y se construirá la mayor parte de las informaciones del día. Por lo tanto, esta clasificación no quiere decir que los periodistas no se preocupen de los puntos de vista o de situaciones “marginales”. El problema es que ellos los consideran de golpe como tales. Hay una cultura de eso que la prensa llama el “sujeto desplazado”, un caso perfectamente adaptado para colocarlos a fin de que no haya ninguna confusión sobre su estatuto.

Con ocasión de las elecciones en Japón, serán bienvenidos a un lado de los artículos políticos un reportaje sobre los pintores de graffitis de Tokio o los monjes de Fujiyama. “Eso le da un respiro”, se felicitará el jefe de servicios informativos ante los miles de acontecimientos verdaderamente importantes que representa toda elección para el mundo de la comunicación. No hay mejor manera de reforzar un enfoque que ubicarlo “fuera de cuadro”. Sin duda, las elecciones aparecieron como lo importante y los pintores de graffitis agregaron un poco de color alrededor. En su cabeza, el periodista ya ha decidido, conscientemente o no, lo que constituye la información fuerte y la información accesoria eventualmente susceptible de ser sacrificada.

De la misma manera la prensa martilla sin tregua: he aquí el modelo mayoritario, he aquí el minoritario. Ahora bien, estos términos ya no son anodinos. Por ejemplo, Gilles Deleuze estima que esos

dos conceptos no nos han hecho ver gran cosa con los datos cuantitativos que parecen recubrir¹. Para él, mayoritario no alude a lo más numeroso sino a lo dominante. La palabra “minoritario” corresponde en lo tocante a él a los modelos identificatorios supuestos como negativos o de sumisión. En América Latina, por ejemplo, el modelo que se dice “mayoritario” impone ser rubio, blanco, grande y rico, mientras que este no es, en absoluto, el caso de la mayoría numérica de la población.

Así, en sus periplos, el periodista va a buscar y encontrar lo que le interesa, lo que él considera como fundamental. Su obsesión principal será encontrar el elemento, o la suma de elementos, que lo explique todo, que representen la situación. Podrá ser un personaje o un tema. Generalmente, Irán será tratado a través de la condición femenina o la libertad de prensa, Inglaterra por los escándalos en el palacio real y Bélgica será sin duda por largo tiempo el país de Marc Dutroux, detenido por homicidio y pedofilia. Todo lo que no entre en esos círculos de atención, es decir, en general, el 90 % de la situación, escapará a la prensa. Los periodistas se esfuerzan bien en informar objetivamente pero lo hacen sobre lo que creen importante subjetivamente.

Este mecanismo, podríamos decir, es el que orienta la mirada de todo viajero. Después de todo, un zapatero recorre el planeta mirando principalmente zapatos o un mecánico autos. De regreso, ellos rinden cuenta, no del mundo visto desde las suelas o a través de un parabrisas, sino del mundo de las suelas o de

los parabrisas. Ninguno tendría la idea de sostener que uno de esos dos elementos representa el mundo entero, la totalidad. Ellos encontrarán los zapatos y los autos como uno de los elementos de la realidad y por consiguiente la evocación confirma, al contrario, la existencia de un conjunto más bien vasto.

El periodista extrae también uno o varios elementos reales y enuncia las verdades. Pero él actúa como alguien que en los pasillos repletos de un bazar recoge esmeradamente las etiquetas. A la salida, dirá mostrándolas: “He aquí el bazar”. Las etiquetas existen, son concretamente parte de la tienda. Pero ellas devienen un engaño a partir del momento en que son designadas como representación de la tienda.

En lo real, el periodista quiere encontrar la cosa, o las cosas, que simbolicen un país o una situación por entero. Por lo mismo, él se condena a lo imposible. La representación es con seguridad uno de los elementos de lo múltiple, pero a partir del momento en que ella es tomada por el mundo deviene una ilusión.

Desde un punto de vista antropológico, la lectura de la prensa permite, como contrapartida, verificar cómo la opinión pública adhiere o se separa de los mitos centrales de la sociedad. Los medios conocen de memoria su función. Además, ellos son los primeros en practicarla. Un periodista enviado al extranjero, raramente dejará de comenzar sus artículos para una revista de prensa con alguna ironía sobre los medios locales. Para él, no se trata en absoluto de hacer la lista de las informaciones recogidas por sus colegas del lugar. Al contrario, el enviado especial se

esforzará en hacer notar eso que justamente no está explícitamente escrito en los diarios del país que visita, ese famoso doble sentido. Él se asombrará del asombro de sus colegas, señalará sus creencias, pondrá al día su propia taxonomía escondida. Cuando una enfermera ambiciosa cometió una serie de crímenes en un hospital danés, uno de los principales periódicos de Copenhague tituló: "Holocausto". Detrás de una excesiva conmoción, un periodista extranjero descifrará que "el trastorno de la prensa danesa demuestra que el sistema de protección social permanece como una de las instituciones más sagradas del país".

El apasionamiento actual por la relectura de las gacetas del pasado funciona según el mismo modelo. Por definición, los acontecimientos de años precedentes ya son conocidos. Pero cada uno encuentra revelador del estado del espíritu y de la cultura de la época el modo en el cual la prensa de entonces los presentaba.

Este pequeño juego de desciframiento es generalmente muy poco apreciado por aquellos que lo practicaron. Cuando a su turno la prensa americana o japonesa somete a la misma decodificación a los medios franceses, estos últimos vociferan delante de esas amplias vidrieras, denunciando los malentendidos o la galofobia. La creencia —que jamás es la nuestra, pero siempre es del otro— es de quien vive en otra parte o vivía antes.

La última pregunta es simple: ¿por qué la prensa no habla de ciertos sujetos? Según las apariencias de

casos particulares, de una censura siempre posible, la norma (que es a la cual nos atamos aquí) responde a una nueva ley del mundo de la comunicación. Es muy simple. La prensa habla de aquello que habla el público. Y el público habla de aquello sobre lo que habla la prensa.

Un periodista que propusiera una encuesta sobre Costa Rica, corre un alto riesgo de hacerse enviar la orden de misión hasta su escritorio. "Todos se burlan de Costa Rica." Es necesario reconocer que eso es verdad. El reportero se encuentra súbitamente relevado al rango de esas personas descorteses que se obstinan en querer llevar sus conversaciones por las noticias de tías o vecinos que solo ellos conocen. Alrededor de ellos todos bostezan y nada acaba de hacerlos callar. Ese círculo vicioso es, por fin, roto por una conjunción casual de la obstinación, de la personalidad o de la magia. Apareció un día, en un periódico nacional, una inverosímil crónica hípica por la única razón que un periodista apasionado y talentoso se había interesado. Los lectores, que hasta ese momento se burlaban de las apuestas se han dedicado a devorarla. La rúbrica surgió cuando el amigo de los caballos se retiró del diario, dejando desconsolados a quienes jamás habrían creído algún día tener que echar de menos la llegada de las carreras.

Pues cuando la prensa habla, el público puede por una vez imitarla. Funciona también a la inversa. Por ejemplo, más bien de modo escrupuloso, los diarios franceses intentan seguir la actualidad de Quebec. Cuestión de lengua, de tradición, quizás

un poco de De Gaulle... Pero en este caso, es preciso creer que son siempre tomados de mal modo, porque en Francia "se burlan de Quebec" tanto como de Costa Rica.

Como allí volvemos a ver, la otra posibilidad para un reportero verdaderamente obstinado sería convencer a la redacción de que es hora de tomar posición acerca de Costa Rica. Sería necesario transformar ese país en cualquier cosa que pueda encajar en uno de los modelos del mundo de la prensa. De ese modo puede ser transformado en "hecho": una cosecha récord ha tenido lugar en Costa Rica. O presentarlo como amenaza: "Las organizaciones de la droga han llegado a Costa Rica". Un debate también sigue siendo un buen medio: "¿Es preciso suprimir Costa Rica?". Lo mejor sería que junte todo a la vez, el hecho, el acontecimiento, y lo que sea susceptible de dar lugar a un debate. Buena suerte...

Lección práctica Cómo preparar un sujeto para el noticiero de las 20

¿Cómo seleccionar un elemento de la realidad para hacer una representación en el noticiero? En *La Cantante calva*², Eugène Ionesco nos brinda el método. Ante todo conviene declarar "extraordinario" cualquier montaje heteróclito.

Sra. Smith, a los esposos Martin: —Tú que viajas mucho, por tanto deberías tener cosas interesantes para contarnos.

Sr. Martin a su mujer: —Dinos, querida, ¿qué has visto hoy?

Sra. Martin: —No vale la pena, no me creerán.

Como una verdadera profesional, la señora Martin conoce la desconfianza casi paranoica del público y cuán prudente es al evitar el golpe.

Sr. Smith: —No pondremos en duda su buena fe.

Sra. Smith: —Nos ofenderías si lo pensaras, querida.

Sra. Martin: —Bien, he asistido a una cosa extraordinaria, una cosa increíble.

Sr. Martin: —Dilo rápido, querida.

Sr. Smith: —Ah, nos divertiremos.

Sra. Smith: —En fin.

Estamos en el anuncio de los títulos. Es preciso que el agua llegue a la boca, que el auditorio esté listo para saber que lo que va a presenciar es verdaderamente una noticia.

Sra. Martin: —Bien, hoy, cuando marchaba a comprar verduras, que cada vez son más caras...

Sra. Smith: —¿En qué terminará esto?

Sr. Smith: —No hace falta interrumpir, querida, villana.

Sra. Martin: —He visto, en la calle, al costado de un café, un señor convenientemente vestido, de unos cincuenta años, o ni siquiera, quien...

Sr. Smith: —¿Quién? ¿Qué cosa?

Sra. Smith: —¿Quién? ¿Qué cosa?

Sr. Smith a su mujer: —No interrumpas, querida, eres desagradable.

Sra. Smith: —Eres tú quien ha interrumpido primero, querido.

Sr. Martin: —¡Silencio! (*Luego a su mujer.*) ¿Qué hacía el hombre?

Sra. Martin: —Bien, dirán que lo he inventado, él

había apoyado una rodilla en la tierra y se mantenía inclinado...

Sr. y Sra. Smith: —¡Oooh!

Sra. Martin: —Sí, inclinado.

Sr. Martin: —Imposible.

Sra. Martin: —Sí, inclinado. Me acerqué hasta él para ver qué hacía.

Como en algunas novelas, todo se convierte en presagio, signo sobredeterminado de lo que no puede no suceder. La fabricación de la información ordena los fragmentos disparatados en función de una lógica que le es propia para hacerlos converger hacia un desenlace dirigido por ella.

Sr. Smith: —¿Y bien?

Sra. Martin: —Él anudaba los cordones de su zapato que estaban desatados.

Los otros tres: —¡Fantástico!

Sr. Smith: —Si no fuera usted, no lo creería.

Sr. Martin: —¿Por qué no? Vemos cosas todavía más extraordinarias cuando andamos. Así, yo mismo he visto en el metro, sentado en una banqueta, un señor que leía tranquilamente el diario.

Sr. Smith: —¡Qué original!

Sr. Smith: —Quizás era el mismo.

Función fundamental de la prensa: evocar las ligaduras, las articulaciones, las casualidades, entre cosas que no las tienen forzosamente. Esto se llama “conocer su expediente”.

La partición del mundo

Durante los años de la guerra fría, la tierra era un espacio a conquistar que se disputaban los dos bloques. Cada región había devenido el botín de esta división del mundo, una parcela para ganar contra el otro. El ejercicio del poder, en el sentido macroscópico del término, obedece hoy a otras reglas, se inscribe en una nueva distribución geográfica.

El mundo no es más ese campo de combate donde cada uno intenta levantar sus banderas. En lo sucesivo se reparte en ciudadelas intocables, barricadas concebidas para ser zonas de máxima seguridad. Alrededor se extienden terrenos abandonados, la *no man's land* percibida en términos de amenaza potencial por la quietud de las ciudadelas —ola de emigración, estallido de violencia o derrumbe económico—.

Este nuevo dispositivo de poder existe de una forma fractal. Es decir que esta forma única, esta distribución geográfica, se reproduce al infinito desde lo más grande hacia lo más pequeño, desde el nivel mundial hasta el departamento privado. Hay países intocables y países *no man's land*. En el interior de cada uno de ellos, las ciudades, los barrios van a ser, a su tiempo, fraccionados del mismo modo. Si en el mundo bipolar el poder se ejercía en nombre de un peligro frontal llegado del exterior, claramente identificable, nadie sabe demasiado, en el tiempo de las ciudadelas qué forma tomará la amenaza. Ella nos rodea, nos sitia sin que sepamos muy bien dónde golpeará esta vez. Como en los servicios secretos de espionaje, el riesgo planea también en el interior mis-

mo de las fortalezas: la droga, los extranjeros, las enfermedades, los mendigos en la calle... He aquí lo que motiva nuestra rigidez, dicen los gobernantes. El catálogo de amenazas se extiende al infinito para justificar la fragmentación de la totalidad de la vida y de lo cotidiano. Cada uno termina por vivir en una pequeña ciudadela asediada por el desempleo, el alimento, la exposición al sol, el agua o el aire.

Esta distribución del mundo y de los individuos, plagada de compartimentos y de barricadas, se organiza alrededor de la noción de "inseguridad". Así será calificado el menor acto de violencia, el más liviano temor. En la mayor parte de los casos se trata de situaciones reales, de desafíos a afrontar efectivamente. Como contrapartida, el abuso se encuentra en amalgama, una manera de agrupar el todo (de la vaca loca hasta los atentados) bajo un mismo sombrero bautizado "inseguridad". Nacido de una constelación compleja, el mundo de las ciudadelas tenía necesidad de una cosmogonía para explicarla y de un relato para justificarse. Es aquel de la inseguridad. El miedo, difundido y omnipresente, estructura desde entonces todas las situaciones.

Dicho sin intención de incriminar, la mayoría de los medios occidentales lo han continuado por su cuenta, lo ponen como uno de los mitos centrales de su famosa taxonomía. De derecha, de izquierda o de ninguna parte, no escribirán "la inmigración" sino, de más buena gana, "el problema de la inmigración", instaurando que se trata de un sujeto forzosamente oscuro y pesado. El hecho de que este fenómeno so-

cial sea de repente situado en el registro de lo inquietante no será jamás puesto en duda, todo lo contrario. Generalmente, el nuevo recorte del mundo constituye una de las grillas más eficaces, por momentos consciente y por otros no, y va a pesar en las selecciones hechas por los periódicos.

De este modo, cada reportaje decidirá y se orientará a sí mismo según si el acontecimiento ha ocurrido en una ciudadela o en un *no man's land*. La "verdadera vida" se despliega forzosamente en las fortalezas. Independientemente de cualquier abuso, allí reina la democracia, el libre mercado, toda esa estructura institucional que nos envía a la fuerza el resto del mundo. Incluso para criticarlos conviene seguir, lugar por lugar, cada cambio de gobierno, y no bromeemos con las cumbres internacionales. Los millones de dólares que acumula un banquero de Ginebra tienen más peso que aquellos de los reyes del petróleo, las drogas que toman los ciclistas del Tour de France deben ser en el fondo menos terribles que esas de los gimnastas chinos.

Las *no man's land* permanecen en una eterna periferia que tolera una relativa oscuridad. Todo lo que parece primordial en las fortalezas, resulta allí menos grave; incluso el nombre de los dirigentes o el modelo electoral son accesorios. Reina una especie de barbarie, en el sentido amplio del término. Aun sin haber estado en ellas, cada uno de nosotros tiene la confusa impresión de que los derechos de la mujer son poco respetados, que el sexo se practica de una manera extraña, que las personas mueren de hambre o comen lo

que sea, que allí los jefes de Estado siempre tienen un vago andar de dictadores. En esas tierras cenagosas, las noticias prioritarias para tratar resultan ser los sobresaltos que vendrían sin cesar de poner en peligro a las ciudadelas. Nadie tendría la idea de tratar a Italia únicamente a través de las maniobras de la Mafia: pues están Berlusconi, Benetton, el renacimiento de la izquierda, Soffa Loren. Inversamente, Colombia no es más que un inmenso campo de droga custodiado por hombres peligrosos. Un país o un grupo, salidos de lugares marginales, ha comprendido que si desea hacer salir su causa de la sombra debe dar miedo, preferentemente, a los habitantes de las fortalezas. Un atentado sangriento en el sitio turístico de Luxor hará más ruido que treinta bombas en el metro de El Cairo, la embajada americana en Nairobi es un mejor blanco que la plaza del mercado local.

Todo eso que exportan las *no man's land* es, a la fuerza, vagamente sospechoso. Incluso sus buenas acciones. Durante la primavera de 1999, en Kukes, Albania, algunos de los seis campos de refugiados kosovares estaban organizados y tomados a cargo por los gobiernos de diferentes países. Los Emiratos Árabes Unidos aseguraban la gestión de uno de ellos. Desde el primer mes, en medio de las tiendas de campaña, los militares de los Emiratos construyeron una mezquita y ofrecían a cada mujer un velo. Ellas eran libres de usarlo o no. Inmediatamente, el conjunto de la prensa occidental —y los televisores americanos en particular— se apresuró a denunciar lo que consideraba como un gesto de integrista mi-

litante, hasta incluso una premisa de la guerra santa. A dos kilómetros del lugar los soldados italianos se ocupaban de otro campo. Cada semana, una misa era celebrada allí bajo las formas más tradicionales y los curas vestidos con sotana recorrían infatigablemente el sitio, sin que falte ocasión de entrar a las tiendas para predicar la buena palabra. Esto no ha sido objeto de un pequeño artículo siquiera.

Ocurre que los kosovares albaneses son musulmanes. Desde su punto de vista, la actitud de los católicos italianos era más agresiva y discutible que la de los Emiratos. Pero para un occidental, Italia es una ciudadela: ella obra humanitariamente. Los Emiratos son la periferia: ellos propagan la opresión. Quien viene de la primera no aprecia a los que vienen del otro lado.

La religión de los hechos

La prensa anglosajona la ha bautizado la “ley de las W”: ¿Por qué? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Quién? Más sencillamente, en Francia los manuales dicen que un artículo de prensa debe responder en sus primeras líneas algunas cuestiones cardinales: ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Quién? ¿Por qué? Hoy en día, una información publicable es la que se presta a esta autopsia obligatoria donde cada detalle puede ser deshuesado, cuantificado y luego enunciado en cifras y estadísticas. Entonces deviene en “hecho” digno de ser comunicado. Los “hechos” son considerados la tierra firme de la

información. Si la prensa se aferra allí como una desesperada es que constituyen, según lo que ella piensa, su arraigamiento en lo real. Como el movimiento de los continentes, el mundo de la comunicación parece alejarse cada día más de lo otro, lo verdadero. Los hechos aparecen como la pasarela más segura, o en todo caso la más visible entre los dos.

Los comentarios, los análisis, los editoriales, sobre todo eso podemos debatir. Pero, testarudos, queremos los hechos, erigidos más allá de toda polémica, pequeños vigías rigurosos en su alineamiento de datos y de nombres, garantes de la seriedad y de la información concreta. No hay que negarlo, los hechos existen y relatarlos lo más correctamente posible es más que un imperativo. Pero, dentro de una suerte de distorsión, el método de trabajo se ha hecho modo de pensamiento. Se precisan hechos, todo el tiempo, en todas partes, para invocar lo real más que nada para testimoniarlo y dar ese gusto a verdadero al mundo de las informaciones. Para rendir cuenta de la represión en Timor oriental publicaremos, por ejemplo, que centenas de opositores han sido ejecutados "según los independentistas". He allí un hecho. Contrariamente, las autoridades indonesias darán una cifra bastante menor. Lo señalaremos también, puesto que se trata de otro hecho. Si un cura portugués, apostado en la isla luego de varios años, hace un nuevo cálculo, será señalado también. Al fin de cuentas, en lugar de buscar la verdad sobre la situación nos asfixia su veracidad, es decir, en qué medida ella puede ser verificable con los datos. El debate se desplaza alrede-

dor de una cantidad abstracta y no de una situación concreta. Y una vez más, lo real se aleja.

El deslizamiento ha sido tan bien obrado que difícilmente una problemática puede aparecer hoy en día en las informaciones sin haber sido previamente transformada en hecho. Durante el invierno de 1998, el ciclón "Mitch" devastó Honduras. Una ola de periodistas que concurrió a los lugares apenas producida la catástrofe describió un país en pleno drama, la ayuda insuficiente y publicó los cálculos mencionando aproximadamente 7000 muertos. Todo el mundo contento: hemos podido someter el ciclón a medición y esta reveló una cifra importante. Para un reportero, siempre es más estimulante trabajar en una "gran historia" que sobre una pequeña y una evaluación de varios ceros garantiza lo espectacular. Pasan unas semanas y la emoción se apacigua. Los nuevos datos, relevados por las organizaciones humanitarias, comienzan a llegar, llevando a la baja los primeros registros de víctimas. Algunos enviados especiales recuerdan ahora que "finalmente, ellos no han visto tantos muertos acá". Entonces, de pronto, un nuevo ciclón, pero esta vez dentro de la prensa. ¿Y si las cifras hubiesen sido infladas? Los reporteros retornan hacia Honduras para aclarar este "diluvio dentro del diluvio".

Conminado a decir la verdad y mostrar sus cuentas, un dirigente local de una villa destruida, reconoció simplemente haber sobrevaluado el número de víctimas. Contó al micrófono sin rodeo alguno cómo ha calibrado su mensaje para los medios: "Me

han preguntado cuántas víctimas había tenido en mi zona. Pensé que era necesario dar una cifra terrible para que los periodistas se desplazaran y vieran los estragos y entonces la ayuda arribara. Sin aquello, temí que nada llegara”.

Quienquiera que sea este alcalde de Honduras, a nadie se le ocurriría decir que “manipula” la información: allí hubo un ciclón que pondrá de rodillas al país por unos años hasta recuperarse de él. Pero la obsesión de los hechos se vuelve a cerrar como una ratonera. Las personas entrevistadas, e incluso los periodistas, están tentados de travestir una realidad en información para que la verdad aflore. El representante de Honduras está sinceramente persuadido de que si no da a la prensa lo que ella reclama los periodistas no vendrán. En su exigencia de lo “tangible”, de lo cuantificable, que considera inmodificable, el mundo de la comunicación suscita así lo que más teme: una proliferación incontrolable de cuentas, una guerra de cifras que nadie domina.

Después del golpe de estado de Burundi, en julio de 1997, la mayoría hutu, que venía de perder el poder, se había lanzado al aumento del número de cadáveres para probar que ella era víctima de masacres más importantes que las sufridas por la minoría tutsi algunos años antes. En una suerte de carrera macabra, las dos etnias continúan enviándose, por interposición de los medios, cálculos imposibles de verificar, suscitando polémicas sin fin no sobre el golpe de estado o sobre la situación, sino sobre las cifras de víctimas. Desde entonces, la problemática de la si-

tuación de Burundi se encuentra “vampirizada” por este debate aritmético. Con la cabeza gacha, la prensa internacional se lanza en las verificaciones contables, interminables e imposibles, alrededor de un problema que no constituye más que la corteza de las cosas: ¿es correcta o falsa esta cuenta? El sistema de la comunicación vuelve a oscilar sobre sí mismo, entorpecido por su propio funcionamiento.

Si una situación no se deja desmenuzar fácilmente, enseguida deviene sospechosa. Desde 1992, la “segunda guerra de Argelia” lo ha demostrado porfiadamente. Es así como luego de las grandes masacres del otoño de 1997, un tal Hakim, presentándose como militar en ejercicio, dio vuelta por todas las redacciones parisinas. Él acusaba al ejército argelino de haber participado de las matanzas y deseaba atestiguar sobre las operaciones en las cuales él mismo había tomado parte. Ante la violencia de esas últimas exacciones, de las cuales algunas habían sido cometidas en la proximidad de los cuarteles del ejército, la opinión pública estaba conmocionada. Por primera vez se planteaba la cuestión de manera abierta: ¿quién asesina a quién en Argelia? Hakim cayó como anillo al dedo. Un periodista lo encuentra y publica su testimonio obviamente bajo un seudónimo. Tomar la palabra públicamente, a cara descubierta, sería demasiado peligroso.

Algunos meses más tarde, llegan a París noticias de Hakim. Ellas son malas. Desenmascarado su doble juego, había sido asesinado por sus jefes en Argelia, un asesinato camuflado como accidente de

helicóptero. Oficialmente, se ha establecido que un accidente de este tipo ha tenido lugar, y entonces los periodistas intentan verificar si el testigo estaba realmente a bordo. Ellos entran en contacto con un grupo clandestino que efectivamente reúne a los militares argelinos que denuncian al ejército. A su regreso, uno de ellos acepta relatar los hechos. En la entrevista, las máscaras caen: es el mismo que algunos meses antes se hacía llamar Hakim...

Entonces se explica: Hakim era realmente una construcción, un personaje ficticio, edificado pieza por pieza. Uno prestó su nombre, otro su historia, el tercero su apariencia. La prensa se pregunta entonces: ¿quién movió los hilos del títere Hakim? En un país como Argelia, todo es posible. Un grupo islámico que quiere probar la responsabilidad del ejército en las matanzas. O una facción minoritaria de este último que quiere desacreditar a quien maneja el juego. O al contrario, otra tendencia entre los militares que apunta a probar lo sencillo que es embaucar a la prensa para así restarle credibilidad. Desde entonces, la pregunta: “¿Quién asesina a quién?” se ha deslizado imperceptiblemente hacia otra: “¿Quién manipula a quién?” El debate se torna estéril. No indagamos más para saber si lo que se dice es verdad (¿está implicado el ejército en las masacres?), sino para saber si quien lo dice es real. Conclusión: no habiendo Hakim existido jamás como individuo, la duda se lanza sobre lo que significan sus propósitos. La información superficial ha terminado por tomar todo el lugar al devorarla la otra. Y la prensa repite

sin cesar que en Argelia nadie puede comprender lo que pasa, que todo el mundo miente y estamos condenados a no creer nada.

Las masacres terminan por ser la única forma de abordar Argelia tal como pensar en Honduras hoy día sería pensar en el ciclón. Esos acontecimientos se erigen más allá de los testimonios de tal o cual, en un punto que se extrae a la estadística.

Cuanto más hemos accedido a los hechos, más nos ahogamos en la ilusión. Esta avalancha de datos contradictorios, suscitada por la misma prensa, termina por cerrarse como una trampa. ¿Qué creer?, se pregunta también el periodista al igual que su lector, desde el momento que una información puede ser desmentida por otra más fresca aún en el minuto siguiente, luego una tercera cae a su turno para poner en duda las dos primeras. Entonces, la prensa se agota en un inventario interminable de informantes y contrainformantes, enredada en mentiras y verdades a medias, persuadida de que si aprendemos más podremos al fin saber. Existe esa obsesión por lo ausente, por ese último anuncio que no ha llegado aún pero que al fin dará sentido a un acontecimiento. En esta fetichización de la novedad, la próxima información, aquella que no tenemos todavía pero que esperamos impacientemente, deviene objeto de adoración. En fin, únicamente ella aportará la verdad verdadera, final. Ahora bien, hoy es evidente que cada noticia nueva está condenada a sufrir la misma suerte que la precedente.

Los periodistas han terminado por parecerse a esos

mercaderes que Don Quijote encuentra a un lado del camino en la novela de Cervantes. El caballero les pide que afirmen, como verdad incontestable, que Dulcinea es la más bella mujer del mundo. A los ojos de Don Quijote, el mundo es aquel de la palabra "revelada". Reclama que cada uno adhiera a lo que para él es una verdad que no tiene necesidad de otras referencias que no sean ella misma.

"¿Por qué no?", le responden entonces los mercaderes. Ellos ponen una sola condición: poder verificar que Dulcinea es la más bella mujer del mundo. Si para Don Quijote la palabra "ES", para los mercaderes el mundo "ES". Ellos no piden más que consentir a lo que proclama el caballero. Ellos justamente desean tener el derecho de confirmar la fuente y completar la investigación. Nuestra época seguramente no apreciaría un periódico hecho por Don Quijote. ¿Qué importancia tendría una prensa en la que los periodistas despacharan sus cuatro verdades sin ningún cuidado de verificación? A la inversa, un diario hecho por los mercaderes nos parecería de buena calidad. He ahí gente seria que no habla en el aire. Antes de afirmar que Dulcinea es la más bella de las mujeres, ellos hacen la investigación. Por lo tanto, esto es imposible. Tan pronto haya pasado revista a la mitad del mundo sería necesario comenzar otra vez inmediatamente, censar los nuevos nacimientos o las bellezas venidas a menos. Por lo tanto, eso es lo que la prensa intenta hacer al esforzarse en contar los muertos en Honduras o en verificar quién manipula un testigo en Argelia.

Si la palabra revelada no puede, por definición, ser probada, el mundo no puede ser revelado. Problema fundamental pero sin solución. Cuatro siglos y medio más tarde fue el turno del matemático Kurt Gödel. Si pretendo tener la completitud de lo múltiple debo afrontar algunas contradicciones internas, dijo. Contrariamente, si deseo tener una coherencia absoluta debo sacrificar la exhaustividad. Para poder hacer referencia a todas las mujeres del mundo es preciso admitir una parte oscura, no decidida, en mi empadronamiento. Como contrapartida, sacrificando la exhaustividad es posible sostener que Dulcinea es la más bella. En el fondo, quien desee abarcar el mundo, debe aceptar no saber, no estar completamente seguro. A la inversa, la certeza no puede inscribirse más que en una situación particular. La prensa pierde su tiempo en esa trampa lógica: ella pretende buscar las afirmaciones sin falla abarcándolo todo con exhaustividad.

La danza de la lluvia

Entre los tabúes de la profesión hay uno particularmente incorporado. Nadie escuchará jamás a un periodista decir: "No sé" o "No comprendo". En parte, la prensa ha construido su legitimidad bajo esa promesa de un mundo al fin explicable, abarcable de una ojeada, lineal. Múltiples explicaciones son alegadas generalmente, pero ellas terminan por fundirse en el mismo crisol de donde saldrá, cuadrada y categórica, una historia petrificada en el tiempo, con

principio y conclusión. La verdadera historia del euro. Las negociaciones secretas en Israel. Cómo ha comenzado la revolución en Rumania. Al final de un artículo, un lector debe poder exclamar, con la satisfacción de un aficionado a la novela policial que descubre al asesino: "Claro, ahí está". Límpida, desembarazada de toda sombra o rigurosidad, de ese modo puede una situación entrar en el campo de la comunicación.

Frente a toda nueva historia, el tratamiento de una información dentro de un mismo órgano de prensa hace a menudo la gran diferencia, sin que, por otra parte, haya algún maquiavelismo en esa cohabitación. Lejos de la homogeneidad que muchas veces suponemos, las redacciones están compuestas de diferentes estratos que se complementan sin dejar de confrontar. Entre el periodista de campo y el que luego escribe en su escritorio hay un mundo o, en todo caso, lógicas de trabajo bastante diferentes.

Por una parte los periodistas se entusiasman, enloquecen y reaccionan aunque sea por una cuestión de piel. Se dejan llevar por la "increíble novedad", apilan cifras extraordinarias. Sus reportajes se inscriben en el registro de lo "sorprendente" y lo "inagotable", una puja por llegar lo más lejos posible. El artículo de análisis o el editorial publicado al costado avanzarán generalmente en sentido opuesto. Su autor intentará demostrar que estamos de cara a un acontecimiento que en nada interrumpe la regla, que no pone en duda los conocimientos y las creencias existentes. Todo lo contrario, mostrará que todo eso

permanece bajo una clara relación de causa-efecto previsible y discernible para quien sabía verla. En una palabra, que todo eso es explicable y que de hecho lo nuevo no es más que lo antiguo.

Cuando es practicado en vivo, sea en radio o televisión, el ejercicio pone la piel de gallina. "¿Cómo explicamos entonces las revueltas que acaban de estallar en la India?", emite gallarda una voz en el estudio. Y como un acróbata sobre la cuerda floja, el comentarista se lanza anudando convicciones y certezas, remueve tres elementos de un expediente, algunos recuerdos, una noticia de último momento... Lo adorna con migajas de análisis cosechados en lo de un especialista o junto a sus colegas y luego todo lo apresura con cadenas retóricas repletas de "porque...". El tono debe ser pausado o firme en todo caso. Esto quizás sea lo más importante, lo que dará esa impresión de que él sabe, de que la situación no se le escapa. El tiempo de respuesta ha transcurrido. Salvado. No hay más que esperar que un imprevisible incidente no venga a poner el palo en la rueda a sus explicaciones.

Por lo tanto, cuando el periodista saca sus grillas de análisis busca comprender mejor y hacer comprender mejor. De cara a la complejidad, construye modelos que tienen por función, en principio, permitir una relación práctica con lo real. Pero esto, lo hemos visto, se obstina a hacer irrupción sin cesar, a poner en duda los códigos. Desde entonces la tentación resplandece: construir los modelos al abrigo de los acontecimientos, elaborar análisis que nada viviente pueda venir a perturbar.

Frege, uno de los más grandes lógicos del siglo, partía del principio de que es imposible afirmar cualquier verdad indudable sobre la ciudad de Chicago. Todo lo que podríamos decir sería inmediatamente relativizado por otra cosa. Concluyó que no queda más que una sola afirmación cierta: la palabra "Chicago" es trisilábica. Olvidó la ciudad, su profusión, sus habitantes, para concluir que todo lo que él puede declarar se refiere a la forma. Frente al carácter irremediabilmente misterioso de lo real Frege propuso abandonarlo creando un sistema cerrado, que no refiere más que a sí mismo. El periodista sucumbiría de buena gana a esta inclinación por un mundo *in vitro*, inmóvil, librado a la disección.

Esta relación conflictiva entre lo real y las grillas de comprensión por momentos provoca una especie de depresión nerviosa en la prensa cuando de manera bastante brusca los sobresaltos del mundo vienen a trastornar los esquemas de análisis. La noche que cayó el Muro de Berlín, el jefe del servicio internacional de un gran medio simplemente se rehusó a "ver" el acontecimiento. Apegado a sus expedientes que trataban de los años de la guerra fría repetía incansablemente: "Ninguno de ustedes diga que el muro ha caído". La radio difundía el clamor del tumulto y reportajes histéricos mientras que él, testarudo, continuaba haciendo "no" con la cabeza.

Cada tanto ocurre que los periodistas sumergidos en un expediente son los últimos en aceptar que un acontecimiento ha venido a trastornar la visión del mundo. La caída de Mobutu Sese Seko, en el ex

Zaire, provoca el mismo tipo de sismo a ciertos especialistas de los expedientes africanos. Durante decenios, la sombra terrible del dictador había sido la principal, sino la única, grilla de lectura del país. Los periodistas no tenían palabras lo suficientemente duras para pedir que se marche y describir sus fechorías. Su debacle los ha dejado desconcertados. Mientras que una parte de aquel continente estalla entre miseria y rebeliones sin que sepamos las razones, raros serán los reporteros que vayan a investigar: hemos perdido el método de trabajo y por lo tanto hemos renunciado a la realidad.

Dentro de la escolástica medieval, los pensadores más obtusos sostenían que si había una falta de concordancia entre su lógica y el mundo, entonces el mundo tenía una falla. Así obra a menudo el periodista: en lugar de poner en duda su grilla de análisis, tiene tendencia a poner en duda lo real. Entonces los códigos empiezan a funcionar en el vacío no teniendo por referente más que ellos mismos.

Queda al margen lo que no podemos explicar incluso con todos los servicios de documentación del mundo. El genocidio contra los Tutsis durante la guerra en Ruanda, por caso, permaneció rebelde a todos los modelos, a todas las explicaciones, nadie acertó. Para esos casos de oscuridad existe un comodín en la prensa: la etiqueta de la "locura". No se trata de lanzarse a un análisis de psicología social para evaluar una eventual parte de "locura" en un acontecimiento, todo lo contrario. Es suficiente decretar que una situación es "demencial" para recha-

zar el problema. No es necesario decir más. En epistemología, esto se llama simulacro, un mecanismo cuya finalidad es soslayar las dificultades que lo real opone al modelo.

Ciertas situaciones surgen como producto de una constelación única que no se deja explicar linealmente. Ella funda el acontecimiento, lo ordena, permite que de pronto se realice una división de aguas. Siempre permanecerá en su corazón ese bloque de opacidad que Stéphane Mallarmé llama "el inquebrantable núcleo de la noche". Si la prensa no tolera las zonas de sombra se condena a tolerar cada día menos lo real.

La prensa pisa los talones del sociólogo Émile Durkheim quien comentaba lacónicamente: "Hacer una manifestación es como bailar para hacer llover". Durkheim entendía por ello que las situaciones no pueden explicarse más que superficialmente, en la única dimensión del vínculo de causa y efecto. Es verdad que algunas banderas no aportaron muchos más cambios políticos que los obrados por el ruido de los tam-tam sobre la meteorología. Pero si bien la danza de la lluvia no tiene efecto sobre el cielo, tiene lugar sobre la tierra: bailar, para un hombre que no tiene agua, es evitar la resignación de reducirse solo a su sed y a la espera de calmarla. Evoca el hecho de que la sequía tiene necesariamente un final y por eso no puede acabar con un pueblo. Esta eficacia profunda no niega lo primero, mas escapa a toda representación comunicacional.

Lecciones de guerra en tres fechas

En la prensa occidental hay un antes y un después de Timisoara. Hasta ese invierno de 1989, había una cuestión de la cual el periodista desconfiaba poco: lo que veía con sus ojos. La profesión siempre ha vivido —y esto en parte continúa prosperando— dentro de ese culto del "terreno". La mayor parte de los periodistas están íntimamente convencidos de que encontrándose en Argel o Bagdad la verdad les será forzosamente revelada por el mismo hecho de estar allí, psíquicamente. Ellos habrán "visto" y al menos de eso no podrán dudar. En muchos casos, el reportero saca de allí la convicción de estar bien informado sobre una situación, de tener un conocimiento íntimo y una legítima certeza para abordar el sujeto.

Timisoara marcará un cambio al quebrar esta profesión de fe. En el momento de la caída de Ceausescu los periodistas parten enfurecidos hacia Rumania, país de lo oscuro por excelencia después de decenios de un régimen puesto bajo siete llaves. Al fin íbamos a "ver" la opresión o lo que ella había sido. Intuitivamente, cada uno de ellos buscaba las representaciones de lo que, hasta allí, era disimulado, las manipulaciones secretas, las injusticias escondidas. Lo hemos dicho, la prensa tiene necesidad de lo visible, busca en primer término lo que puede ser mostrado. En ese momento, esta necesidad se duplicaba en otra batalla, aquella de la luz contra la sombra, la luminosidad que haría caer la máscara.

Cuando los rumanos guían a los periodistas has-

ta un osario en Timisoara, villa industrial donde corre el insistente rumor de ejecuciones en gran escala, todo es "a su medida". Al fin aparecen durante ese gran día las secretas fechorías del jefe de Estado rumano, cadáveres bien concretos, huesos contantes y sonantes. Aparentemente, había una veintena de cadáveres que todas las transmisoras filmaron. En aquel momento, casi todas las cadenas dedicaron continuamente sus pantallas a Rumania. Las imágenes que llegaban a la sede de las redacciones eran prácticamente difundidas al instante. Esta inmediatez se transportaba desde el lugar de los hechos, casi en tiempo real, a todas las redacciones del mundo: Londres, París, Nueva York. Desde el jefe de redacción hasta los pasantes, cada uno se encontró de pronto en los zapatos de un enviado especial virtual. Luego resuena en las agencias de prensa el ruido de esos "millares de muertos" que evocan los opositores al régimen de Ceaucescu. Entre los periodistas realmente presentes en Timisoara, la mayor parte se sujeta al balance de lo que ha constatado: una veintena de despojos mortales. Sus evaluaciones barridas por la convicción de los enviados virtuales. Ellos también tienen la impresión de haber visto y oído. Instalado ante su televisor, un redactor en jefe parisino comenta el informe de su reportero enviado diciendo: "No debe estar como nosotros en un buen lugar". Se publica la noticia de una gigantesca fosa llena de cadáveres.

Timisoara habría debido ser el emblema del triunfo de la prensa. A la inversa, fue un golpe tanto más

violento en cuanto que esa manipulación no ponía en duda la lectura del país. Que esa fosa fuera falsa finalmente importaba poco para el análisis político global de los años de Ceaucescu. En cambio para la prensa y la visión que ella tenía de sí misma, aquello lo cambió todo. Para el periodista, caído en su propia trampa, extraviado en su carrera por representar las cosas, el peligro no está de ahora en más solamente en lo que se halla oculto sino también en lo que es mostrado, en aquello que él ve.

Dos años más tarde, la guerra del Golfo: hemos retenido la lección de Timisoara. Hasta el último pasante de las redacciones sabe que el "terreno" puede estar movido. ¡Hay que mantener los ojos bien abiertos! Cada información es clasificada concienzudamente: "Someteda a la censura americana" o "Someteda a la censura iraquí". La advertencia al lector va mucho más allá del hecho que una frase haya podido ser cortada por un general u otro. Ella revela una duda universal, una precaria desconfianza que no sabe a ciencia cierta lo que debe temer pero permanece alerta a la espera de un ataque. Más allá de la división entre "buenos" y "malos", todo lo visto o escuchado de ahora en más es sospechoso.

Múltiples polémicas se generaron cuando las fuerzas occidentales bombardearon un edificio. ¿Era una fábrica de leche o un sitio estratégico? Los enviados especiales auscultaron las ruinas, piedra por piedra, pero conservan una prudencia de serpiente. Cada uno sabe que no ha visto todo, sobre todo cuando lo señala expresamente. Finalmente nadie convence a na-

die y nos resolvemos por transitar el ahora único camino posible para la prensa: el de la incertidumbre. La base bombardeada será descrita como "una fábrica de leche según los iraquíes y un sitio estratégico según los americanos".

Tan pronto se disipó el humo de las bombas y se firmaron los acuerdos de paz, las redacciones occidentales deberían haber festejado. Incluso si hubieran creído en ciertas manipulaciones, habrían salido del paso sin daños mayores. Por millares y bajo formas diversas, los comentaristas, incluso aquellos de las grandes cadenas americanas, han repetido que la guerra se hizo más por el petróleo que por las ideas.

Una impresión de llamativo desencanto se va a desarrollar tan pronto los uniformes se alisten. "Tormenta del desierto" quedará como una guerra sucia para la prensa. Ella se ha creído el embalaje esta vez: los jefes militares con sus grados sobre los hombros comentan las operaciones, los combates se ven en directo, las líneas del frente son trazadas únicamente por la imagen, la guerra del Golfo estaba "lista para ser filmada". Buscando verificar cada impacto de bala, los periodistas han terminado por olvidar lo que constituía algo propio de su universo: todo eso es un decorado, no la realidad. En adelante, ya no pueden ignorar que hacen parte del espectáculo y mucho menos que no son más que actores secundarios. La profesión recuerda hoy con amargura a TFI editando su diario sobre la "Tercera Guerra mundial", a la inspirada cadena Cinco dramatizando minuto tras minuto el conflicto o incluso a las

desgraciadas tropas iraquíes, espectacularmente promovidas a "temible tercer ejército del mundo".

Y llegó Kosovo, en la primavera de 1999. Esta vez, la prensa se vio ella también como una ciudadela sitiada, defendida hasta la obsesión contra el riesgo de ser "conquistada". Tenía tanto miedo que en lo sucesivo desconfiaba de sí misma. La cobertura del conflicto de Kosovo en parte provocará una inmensa interrogación de la prensa a sí misma acerca de su propia manera de trabajar. ¿Ha sido manipulado tal intelectual enviado por un semanario francés? Si así es, ¿por qué? ¿Y cómo? ¿Y la CNN? ¿Y la televisión de Belgrado? De ahora en adelante existen expertos en desciframiento mediático cuyo trabajo ocupa al menos tanto lugar como el de los especialistas en los Balcanes. En Kosovo, habremos escrutado la representación con tanta angustia como la realidad.

El sexto sentido

Todo espíritu un poco crítico siempre desconfiará de lo que los otros piensan o de lo que él mismo piensa. Sabe que mañana puede cambiar de parecer. Las opiniones no existen *en sí* como los orangutanes o las bananas en la naturaleza. Un punto de vista es una cosa. Un orangután otra distinta. Si alguien tiene un punto de vista crítico sobre un orangután, siempre es posible contestarlo de manera bien fundada. Pero si vomita cada vez que ve uno estamos en

la tierra firme de lo vivido. Tenemos tendencia a creer que los pensamientos son “construidos” pero que la percepción existiría *en sí*. Lo vivido siempre tiene ese sabor a verdad y nos convence de que lo experimentado no nos engaña. He ahí justamente donde nos equivocamos.

Vivimos en el centro de un universo donde la cultura se ha hecho carne de nuestra carne y orquesta una batería de automatismos, de actos reflejos, en virtud de los cuales la repugnancia, la emoción o el asombro se desencadenan en nosotros desde el momento en que son programados para la existencia. Cada época y cada sociedad dan forma a sus percepciones normalizadas que encarnan en cada uno de sus habitantes. Si sentimos una enorme descarga de adrenalina contra un prisionero ante un gesto de violencia, no es porque seamos superiores a los que pagan un asiento para asistir a las ejecuciones capitales. Las reacciones psicológicas han cambiado, construidas por la evolución de las ideas, las luchas, los derechos. La percepción normalizada fabrica un verdadero sexto sentido en el cual vivimos todos y, desde siempre, el *sentido común*.

En general, modelados por esta norma, los periodistas, por pereza o fatiga, por convicción o ignorancia, se deslizan dulcemente por esa pendiente. El sentido común es el terreno natural de la prensa, su humus, su campo predilecto. Allí la comunicación se realiza sin esfuerzo, con guiños de ojo y codazos entre ellos. En el instante posterior a que los británicos hundieran un navío argentino durante la gue-

rra de las Malvinas, un periódico inglés titula, en exclusiva, con estas tres palabras: “En el culo”*.

En las situaciones de conflicto, África por ejemplo, las fotos y las imágenes de niños heridos o hambrientos vuelven perpetuamente a ilustrar los artículos, incluso si estos no abordan forzosamente el sujeto bajo ese ángulo. Entre aquellos que hacen los medios y aquellos que los consultan se pasea el lenguaje mudo de la percepción normalizada: “Lo que se juega ahí abajo es complicado y gravoso como para debatirlo. Mejor solo seamos compasivos”.

Contrariamente a la visión ingenua que pone de un lado los individuos y del otro el sistema de poder, la existencia de estas baterías de actos reflejos muestra hasta qué punto las estructuras dominantes modelan los cuerpos a su imagen. Por otra parte, este mecanismo no funciona solamente a favor de los dirigentes: una prensa satírica o militante produce o reproduce automatismos “alternativos”, por tomar un nombre neurológico. Los reflejos se desencadenan del mismo modo, pero en esta ocasión para producir un efecto contrario. La misma imagen de una niña a la espera de extranjeros ante una prefectura, de un joven fumando marihuana o del casamiento de dos homosexuales va a provocar la reacción opuesta según el diario en el cual sea publicada.

Tanto en un sentido como en el otro, conocemos

* La expresión conlleva la suspicacia de indicar que han mandado el barco al fondo del mar a la vez que hace clara referencia al uso común y extendido de la palabra “culo”. (N. del T.)

todos esos “mecanismos comunicantes” que nos permiten saber el contenido de un artículo viendo su título, la foto que lo ilustra y el diario que lo publica. Por lo tanto, incluso si se queja de ello, es generalmente el lector el primero en rezongar ante una información que no ha sido “formateada”. La prensa se condenaría a la auto-marginación si renunciara a la forma comunicacional.

Porque una sociedad de “pura corteza” que se atrincherara en el pensamiento crítico absoluto no es siquiera concebible. Sería condenada a desaparecer, aunque más no sea por la lentitud de sus reacciones. En cambio podríamos imaginar medios que no estuvieran *enteramente ocupados* en la reproducción de los reflejos. Que asumieran el hecho de que una información “acontecimienta” en general no provee más que una problemática estéril y que supieran así evitar el autismo al cual ellos se condenan cuando hacen de la forma comunicacional el alfa y omega de la “información”.

Dentro de esta perspectiva, la libertad de la prensa podría ser comprendida como la de una prensa que *aspirara* a la libertad, tomando el tiempo para interrogarse sobre sus automatismos y que los tuviera en cuenta. Cuando un periodista pretende ahorrarse el trabajo de preguntarse cómo se estructura el sentido común se condena a encontrar sistemáticamente en el mundo los modelos que ha proyectado allí, a considerar su visión preconcebida de las cosas antes que lo real de la situación.

¹ Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mille plateaux*, Minuit, París, 1980, p. 252.

² Eugène Ionesco, *La Cantatrice chauve*, Gallimard, París, 1990, p. 26.

La transparencia

Hay una pregunta que el calendario ha transformado en una banalidad: "Según usted, ¿qué habrá marcado más al siglo que se acaba?". Apartando decididamente la fisión nuclear, la conquista del espacio, las manipulaciones genéticas o las vacunas, nuestros contemporáneos responden gustosos: "La comunicación". Es que antes que cualquier otra cosa nos comunicamos.

En las ideologías clásicas, la comunicación ha sido considerada por mucho tiempo como esa herramienta que no servía más que para transmitir un mensaje. Lo importante era el relato y todo el resto, pensábamos, no estaba más que a su servicio. Actualmente, este funcionamiento se habría invertido. Difundir ha llegado a ser el fin en sí, y al fin y al cabo el contenido no tendría más que un interés secundario. En efecto, en tanto que sistema, la comunicación se defiende de toda "ideología" y esto lo afirma gritándolo a los cuatro vientos. Ella proclama bien alto tolerar todos los puntos de vista, no poner obstáculos a nada ni nadie. Ella *representa*, eso es todo, y se vestiría inmaculada, pura forma no rebajada a pensamiento alguno.

Fijos sus ojos sobre el discurso, las ideologías clá-

sicas subestimaron la fuerza de la comunicación, el poder de su estructura. Si bien la comunicación es el medio, ella también se revela fundamento de todo relato, su osamenta, como particularmente lo han mostrado los estructuralistas. Por otra parte, la comunicación no escapa a todo relato tal como ella pretende: narrar el fin de las ideologías es en sí una ideología. Alejándose de su definición original de transmisora ella ha devenido una verdadera visión del mundo, una *Weltanschauung*. Cada sector de la sociedad se ha organizado para tender hacia ese nuevo ideal: aparecer.

En los *reality show*, cada uno puede venir a develar sus “sucios y pequeños secretos” —según la expresión de Gilles Deleuze— delante de los telespectadores. Los asesinatos en directo, luego las detenciones, las confesiones, los procesos, se desarrollan frente a las cámaras. Las sesiones de la Asamblea nacional han estado embargadas de una agitación y afluencia inesperadas luego de ser retransmitidas los miércoles. Los partidos de fútbol o los conciertos, los desembarcos de tropas o la distribución de ayuda humanitaria: no existe más una porción del mundo que no se haya plegado, poco a poco, al imperativo absoluto de la representación.

El deslizamiento se ha hecho gradual. De ahora en más, no solo ocurre que todo debe poder ser mostrado sino que todo está preparado para serlo. El bien ya no será más algo que es comunicado: la figura del bien pasa por el hecho mismo de comunicar, es decir de aceptar la norma de la representación. “Todo

lo que aparece es bueno y todo lo que es bueno aparece”, decía Guy Debord para evocar la sociedad del espectáculo¹. No develar, eso es ocultar. Cada no-dicho es un todavía no-dicho o bien una falla en el ideal comunicante. La menor opacidad es, *ipso facto*, declarada marginal, desviada, y un hombre o un país serán juzgados según esta grilla. La comunicación ha terminado por devenir en ideología dominante de esta era postmoderna apropiada al neoliberalismo². La prensa, cuyos medios se confunden absolutamente con el fin, no podía ser otra cosa que el emblema de esto.

No responder a un periodista se ha convertido un acto de suma gravedad, sospechoso, que merece ser señalado. En la prensa, una lexicología del silencio permite modular las sospechas entre “el que no ha podido ser localizado”, “ese otro que se refugia en el mutismo” o “ese disimulador que rehúsa hablar”. En todo momento el mensaje es el mismo: “Atención, quizás estemos ocultando algo”.

Túnez, que no expide automáticamente la visa a la prensa, será juzgado más duramente que Marruecos donde la entrada plantea menos problemas. Ciertos países, Argelia por ejemplo, se han vuelto maestros en el manejo de esta ideología. ¿Los periodistas exigen ver todo? Que vengan aquí. Así, los enviados especiales tienen derecho a visitas guiadas por los sitios de masacres con los testigos bajo control, especialmente movilizados para la ocasión.

Si una dictadura abate a sus opositores en secreto, el más alto grado del horror es alcanzado. Con-

trariamente, si una gran democracia como los Estados Unidos hace entregar pizza a sus condenados a muerte y luego difunde las imágenes de su ejecución, en nombre de la transparencia permanecemos dentro del registro de lo soportable. Cuando un banquero británico se enriquece gracias a la corrupción, él deviene a su turno en la imagen del mal social. A la inversa, encontraremos mucho menos condenable los dictámenes económicos claramente enunciados durante una conferencia de prensa del FMI, después publicados en informes y que por lo tanto van a condenar la población de un país a la miseria.

Por otra parte, cada ciudadano está él también cordialmente invitado a dar su opinión en los sondeos o en las emisiones o, mejor aún, a revelar eso que él tiene en lo más profundo de sí mismo, lo auténtico, lo escondido. “Lo importante es decir, expresarse.” Todos nosotros seríamos individuos aislados unos de otros, llenos de tesoros que aguardan y no piden más que ser comunicados para mayor beneficio de la comunidad toda. En sus comienzos, también el psicoanálisis creyó en la fuerza terapéutica de la catarsis donde el beneficio de la cura residía en el hecho de exteriorizar el “mal oculto”. Freud abandonó muy pronto esta hipótesis. No así la prensa según parece.

El *Semanario Charlie*, TF1 o *Le Monde* gravitan, cada uno de ellos, alrededor de modelos sociales diferentes. Pero todos consideran que el Mal lo constituye el hecho de impedir “ver” a un periodista. La ideología de la comunicación parte de la creencia de

que ese mundo único de los “pensamientos múltiples” puede ser comprendido –y aceptado o combatido– en la medida en que devenga cada vez más transparente. No existe, por otra parte, un texto de ley o un dirigente que no se valga de esa idea, como el carnicero que pincha sobre el bife “garantizado sin hormonas”. En lo diarios, la “transparencia” ha devenido una apelación comprobada, que se aplica tanto a las elecciones como a un régimen, una gestión, una decisión, al umbral de polución o a los alimentos. Al azar, un día de julio de 1999, la palabra ha sido pronunciada... dieciocho veces en la frecuencia de France-Inter.

Contrariamente a lo que de buena gana piensan los más nostálgicos entre nosotros, esta ideología de la transparencia no ha surgido por generación espontánea. Ella es el lento resultado de una corriente de pensamiento, un camino trazado piedra por piedra, marcado por los filósofos de las Luces y el pensamiento racionalista o utilitario.³

Contemporáneo de la Revolución francesa, el británico Jeremy Bentham había imaginado una prisión ideal que evoca Michel Foucault en *Vigilar y Castigar*⁴. Aquel filósofo había imaginado un centro de detención modelo bautizado “panóptico”. En su centro se levantaba un mirador alrededor del cual se organizaban las celdas construidas de modo de poder ser observadas permanentemente. Los prisioneros vivirían así bajo la certeza de ser vistos en todo momento por sus guardianes. Bentham estimaba que la reinserción de un detenido, es decir las chances

de un marginal de acceder a la norma pasan por el hecho de advenir a la pura transparencia donde nada podrá ser escondido. La readaptación social culmina en el momento en que el prisionero no tiene más necesidad del mirador. Este se ha instalado en el centro de su cabeza, se felicita Bentham, poniendo en marcha el mecanismo de autocensura. Entonces la transparencia no es más el camino hacia la redención, sino el objetivo en sí.

Doscientos años más tarde, hemos logrado la sociedad panóptica. Con la transparencia por ideal, nuestro mundo funciona a modo de poder ser representado y visto permanentemente. Cada ciudadano puede después comparar su existencia de cultivador, de ama de casa de menos de cincuenta años, de joven de los alrededores o de presidente con aquella de los modelos identificatorios que les permite ver el mundo de la comunicación.

Un sector de la prensa incluso ha devenido el símbolo de esta ideología de la transparencia, aquel que se consagra a elucidar los *affaires*. En los diarios, por otra parte, es revelador constatar que los equipos de investigadores encargados de ese sector son a menudo animados por los periodistas más militantes. No en sentido político, por supuesto. Raros son los que apuntan sus encuestas contra un partido más que contra otro en función de eventuales convicciones. Al contrario, muchos se hacen fuertes al dejarlos atrás y obrar con independencia. Su trabajo constituye el eje de su compromiso, de su combate: ellos militan por la luz. Como ciertos jueces, ellos toman gusto-

so la postura del caballero blanco que se alza contra la corrupción del mundo. Son los únicos que jamás dudan del rumbo en una profesión mórbidamente trabajada por la incertidumbre. Guardando las proporciones, tienen esa confianza que antaño habitaba los guardianes de la "línea" ideológica de una redacción, algo que hoy en día ha quedado en desuso. Ellos no reconocen más que una: la transparencia.

El reportaje continúa siendo uno de los dominios nobles en las redacciones. Algo sentimental, una cierta referencia de la prensa a su propia mitología. Pero la caja negra de un periódico son los *affaires*. Quienes se consagran allí tienen por lo general un estatuto aparte, ornados bajo un manto de respeto y gravedad. Toda la dignidad y la conciencia de la profesión parece estar amontonada alrededor de su escritorio. Atención, aquí se trata lo complicado, lo peligroso, aquí caen los ministros, los representantes del pueblo, los banqueros. Aquí seguimos paso a paso el compás de los que detentan el poder. Eso no tiene nada de raro, incluso es estrictamente exacto. Hoy solo quedan los *affaires* como único modo de intentar un golpe de estado dentro de la democracia.

Ya sea que trabajen con funcionarios o dirigentes, los informes políticos tradicionales están lejos de ese registro. Podemos despotricar contra un programa, mofarnos de una decisión de la Asamblea Nacional y publicar todas las opiniones y las tribunas imaginables. Criticar a un candidato porque él no ha cumplido sus promesas electorales, a otro por anunciar durante su campaña en las elecciones eu-

ropeas que no piensa radicarse en Estrasburgo o a los diputados socialistas porque no vienen a votar la ley sobre PACS mientras que su gobierno la defiende. Todo eso se escribe, se denuncia. ¿Pero quién imagina que hoy en día en Occidente un hombre político pueda ser obligado a renunciar o al menos se encuentre en problemas porque ha traicionado su mandato? La política ha sido declarada un delito dentro del mismo campo político. Lo que mueve las cosas, lo que hace bailar a los hombres y a los partidos, es la adhesión o no al mundo de la representación. La transparencia se afirma como la única ideología que no puede ser traicionada.

Cada país posee su propia cultura de la culpa que delimita el dominio donde estalla el escándalo. En Estados Unidos o Inglaterra, será el sexo; reirán los franceses. Con el dinero en cambio, los reflejos se invierten. No lo padecerán los primeros. En Francia, el golpe de gracia lo dará si es probado que Roland Dumas se ha enriquecido ilegalmente y lo ha negado. Y en Austria el viejo canciller Kurt Waldheim ha debido retirarse, no por haber pertenecido al ex partido nazi sino por haber ocultado ese hecho.

El caso Lewinski queda como el ejemplo más puro de la tragicomedia que se ha jugado exclusivamente sobre el terreno de la representación. Bill Clinton ha tenido relaciones sexuales con una pasante y luego ha mentido sobre este punto. Ante todo, está condenado a la pena suprema: explicarse en televisión. Hasta aquí solo sus pares, la clase política mediática y judicial, han guiado el baile. Unos

lo han denunciado y acusado, otros lo han defendido, pero todo ha tenido lugar a puerta cerrada dentro del mundo de la comunicación. Ninguna pancarta se ha desplegado, ninguna movilización ciudadana se ha formado espontáneamente en un sentido o en el otro. Entonces, a falta de reacción del pueblo real, han hecho levantar al pueblo virtual. Lo que sigue: los sondeos. Cada americano aislado se ha transformado en un porcentaje destinado a mantener o no al presidente.

Lejos de eliminar la opacidad, esta búsqueda de la transparencia absoluta la potencia, crea zonas enteras de sombra e incompreensión. Sin duda, la prensa revela *affaires* como jamás lo ha hecho en el pasado. Tanto mejor. Los lectores están ciertamente más informados sobre sus dirigentes que nunca. La paradoja es que no parecen experimentar satisfacción alguna en ello. Lejos de ser saciados cuando las nuevas revelaciones son servidas, ellos hacen muecas de descontento y lloran aún más fuerte para que ocultemos todo. De ese modo se pone en marcha una espiral de impotencia y frustración. Cuanto más la prensa blande su luz, el resto del mundo se queja de la oscuridad.

En las redacciones, el escándalo dentro de los escándalos estalla generalmente cuando un responsable "husmea" en los informes. Todas las redacciones del mundo han recibido algún día el llamado del "amigo" de un director pidiendo, como un favor, ser evitado en una encuesta. Eso ocurre, pero sin duda más raramente de lo que imaginan los lectores. Con-

trariamente, lo que ellos no pueden medir es la indignación absoluta que esas presiones desatan en el interior de una redacción: alaridos contra la censura, diversas amenazas de huelga o de renuncia. El clima alrededor de esos informes ha devenido tan volátil que el sector *affaires* es ahora un rompecabezas para muchos jefes de servicio. Si estos juzgan un artículo incomprensible, que una historia es poca cosa o que una encuesta está mal elaborada, tendrán dificultades para convencer a sus periodistas de su sinceridad. Serán sospechados (con más o menos buena fe) de querer dejar de lado la encuesta.

Para su propia desgracia los cascarrabias son fáciles de despedir. Frente a las acusaciones, los periodistas pueden proclamar su buena voluntad con la frente alta. Ellos publican generalmente lo que saben, averiguan como pueden. Enarbolan los documentos y los datos. Tanto andar el mismo curso de la transparencia, los protestones y los escépticos se condenaron también a agotarse tras una engañosa ficción, un fantasma.

Sin embargo, ellos no creen estar hablando de las tinieblas. La intolerancia a la oscuridad, lejos de eliminarlas, produce ese mundo de opacidad y violencia creciente, esa división entre lo visible y lo invisible. Ella dirige sobre los hombres o las regiones las luces más rutilantes y los transforma desde entonces en un espectáculo en tanto que la realidad permanece en las sombras.

El sentido de los reflectores indica al lector que la verdadera vida se despliega al costado de lo virtual

mientras que la suya propia se le aparece cada vez más vacía de su realidad. Tendrá noticias del mundo (rubricado "Extranjero"), de su país (rubricado "Nacional"), de su salud (rubricado "Medicina") de su porvenir más próximo (rubricado "Empleo") y de lo que debe hacer para estar feliz (rubricado "Modos de vida"). La sociedad del espectáculo es, en este sentido, aquella de la fragmentación, donde cada uno observa el mundo y su propia vida como una representación cada día más ajena a sí mismo.

En un universo que cada uno experimenta como otra cosa que él, una particular forma de violencia se ha desarrollado. Los sociólogos explicarán gustosos que los famosos jóvenes de los suburbios rompen sistemáticamente su propio centro cultural o la sala de deportes ofrecida por el municipio debido a que se sienten fuera de su propia ciudad, excluidos de su propia vida. La noción de "integración", invocación mágica más que realidad, ha nacido de esa constatación. Faltan, sin embargo, investigadores para aplicarla a los hombres y mujeres que, en nombre de la ganancia, destruyen el medio ambiente y el mundo porque ellos viven también más como otros que como ellos mismos. Lo que experimentan los destructores de los alrededores no se asemeja, ciertamente, a los sentimientos del empresario o del corredor de Bolsa. Incluso son radicalmente opuestos. Unos y otros se vivencian en una misma separación con lo real, un exilio donde la destrucción de aquello que los rodea es posible porque tanto unos como otros reconocen no ser parte de ello.

En nuestra sociedad, el individuo ha devenido ese extraño personaje que se siente a la vez central y solo.⁵ Los otros no son para él más que personajes secundarios, extras, y todo lo que los circunda es un gran decorado. Muchos de nosotros vivimos en la virtualidad, menos de nosotros nos sentimos responsables de lo que se nos aparece como exterior a nosotros. La sociedad del individuo cree que cada uno, autónomo y aislado, no tiene más que a la comunicación para entrar eventualmente en contacto con los otros y el mundo. En medio de estas relaciones despedazadas, la sociedad afirma su deseo de “recrear los lazos” con un tono de angustia. Co-mu-ni-qué-mo-nos, escuchamos nuevamente. Como una caricatura, Internet afirma ser la última novedad gracias a la cual cada uno podrá ahora anunciar al mundo que existe y vincularse otra vez a la “aldea global”. Sin embargo, esta unificación está condenada, como las otras, a hacerse bajo la forma de lo eternamente separado. Cuando más entramos en contacto con el mundo virtual más nos alejamos de los lugares reales, concretos, donde podríamos pretender una cierta fuerza de intervención.

La crítica espectacular del espectáculo y sus límites

El mundo de la comunicación es aficionado a una cosa por encima de todo: la crítica. Es alentada, cultivada, localizada en las horas de gran audiencia, sobre todo si es radicalmente contestataria. Son esca-

sos los canales de televisión que no han inscripto en su programa una emisión satírica o que “descifre” su propio funcionamiento. Los diarios publican regularmente los puntos de vista o los artículos que cuestionan violentamente el sistema de los medios, ellos mismos lo comprenden. Sobre las estaciones de radio, son experimentadas tentativas similares, apartándose de las otras emisiones.

En ese registro de lo satírico y de la crítica, esos pastiches del juego mediático han suplantado las parodias tradicionales que ridiculizaban el mundo político y artístico. Ahí nos mofamos tanto del entrevistador como del entrevistado, de las preguntas como de las respuestas, en una palabra, de la puesta en escena. Este deslizamiento consagra, si aún necesita ser consagrado, el hecho de que el ministro o la vedette ya no monopolizan la encarnación del ejercicio del poder o de la cultura. Ese lugar también ha sido ocupado por los periodistas. Incluso dentro de lo cómico, lo real tiene menos lugar que su representación.

Esta novela por entregas tiene una particularidad. En el campo político, por ejemplo, los mismos políticos se han encargado de señalar su funcionamiento. Los partidos políticos no organizan ninguna farsa sobre el financiamiento de las campañas electorales o las tratativas alrededor de una votación de la ley. Los roles son claramente distintos, repartidos sin ambigüedad: de un lado, los serios, los verdaderos; del otro, la parodia y los parodistas. Cada uno dice dónde está, desde dónde habla. A la inversa, dentro del campo mediático, tenemos los dos géne-

ros juntos por primera vez, fundidos en una misma estructura, la representación y su desciframiento. Dejándose integrar en ese sistema, la crítica se acantona en llegar a ser, a su turno, uno de los elementos del espectáculo, uno de los actos de la pieza, a no ser, en suma, más que la crítica espectacular del espectáculo, por citar de nuevo a Guy Debord. Según él, por otra parte esta "contestación" excede largamente el cuadro estrictamente mediático. Ella toca a los partidos políticos y los sindicatos que aceptan jugar el juego y se impone como uno de los elementos indispensables para el buen funcionamiento del sistema.

Si es preciso elegir un símbolo, con seguridad serán "Les Guignols". Todos los honores para ellos. Sus fantásticas marionetas explican cada día, con una claridad y gracia que deben envidiarle los militantes más radicales, cómo el neoliberalismo explota el planeta o de qué modo comunica el mundo de la comunicación. Tan pronto termina la broma, una buena parte de sus telespectadores se lanzará sobre su control remoto. No se trata por ello de perderse el inicio del informativo de las 20 horas. Lejos de ser perturbados por esta promiscuidad, los programadores de TF1 o France 2 han corrido ligeramente los títulos del noticiero con el fin de que cada uno aproveche, todo en una misma vez, el original y su copia pirata. Así, las críticas más violentas no han provocado ni la toma del palacio Brongniart ni la de TF1. Al contrario, alegre milagro del neoliberalismo, los miembros reales de la World Company (para retomar la expresi-

sión de Guignols) reciben los beneficios espectaculares de la World Company virtual.

En lugar de ser desestabilizado, el sistema es reforzado por la crítica y la estructura circundante. Se instala allí un sistema de ida y vuelta donde unos y otros se nutren mutuamente. Un mismo discurso tiene a la fuerza una inclinación diferente, hasta contradictoria, según el sitio desde donde es emitido. El discurso más radical no será ni subversivo ni peligroso si está situado sobre el terreno de la comunicación y acepta sus reglas como propias. Algunos siglos antes que Guy Debord, un tal Aristóteles afirmaba que toda puesta en forma implica una *puesta en norma*. Quien avala una, avala la otra. Más de una vez, la victoria electoral de los partidos progresistas ha desencadenado un pánico en la vieja mayoría conservadora. Esta se ha tranquilizado rápidamente. Los nuevos dirigentes, que habían respetado la forma, han devenido en cada momento los mejores gendarmes de la norma.

Los creadores de marionetas no ignoran que se dirigen al mismo ciudadano espectador que el verdadero "PPDA" y por la misma red y que su presentación será mensurada por la misma medidora de audiencia. El espectáculo de la hora 20 no está amenazado, solo reordenado. Observa la representación del mundo, de vuestra vida, pero quédese tranquilo; por el mismo precio y sin fatigarlo más, usted tiene derecho también a asistir a la crítica. Después de la elección presidencial francesa de 1995, numerosos estudios han adelantado que el candidato Chirac

debía su victoria en particular a sus apariciones mediáticas o más precisamente a aquellas de su marioneta en "Guignols de l'info". Paradójicamente, cuando más fuerte golpea la crítica espectacular más vana deviene. Así, entre codazos y guiños de ojo nace una complicidad estéril con el público, ese sentimiento adulator de estar entre pequeños pillos a quienes no criticamos, esa imagen prestigiosa del hombre ilustrado. Y todo bien sopesado, si el mundo debe oponer los estafadores a los estafados, tanto mejor ser parte de los primeros...

Frente a la protesta, que nadie puede impedir, los poderosos se han preocupado siempre en saber cómo canalizarla para convertirla en inoperante. Esta vez, los titubeos y el hilo de las cosas han hecho que la receta no tenga un aire tan malvado. Sería ridículo por lo tanto intentar capturar detrás de ese funcionamiento algo así como un Gran Hermano, quien desde las sombras tiraría los hilos de una runfla de polichinelas. En Canal Plus, ciertos animadores y dirigentes que son regularmente el blanco de las marionetas han sido los primeros en protestar contra la emisión. Los presupuestos de publicidad han sido retirados después de ciertas bromas contra los grandes patrones y a los políticos los recorre regularmente un sudor frío al encender la tele. Durante el curso de los acontecimientos, las decisiones arriesgadas son a menudo mucho más eficaces que las manipulaciones y, por otra parte, los cómicos o la televisión no tienen el monopolio de la crítica espectacular del espectáculo.

Las discusiones encabezadas por los intelectuales o los diarios muy serios y muy radicales se elevan de este modo para contestar al sistema mediático. Algunos denuncian el hecho de que los micros se inclinan siempre hacia los mismos interlocutores y que la actualidad se hace y deshace en el aislamiento. "Permitan a nuestros amigos hablar en su lugar o por lo menos a su lado", solicitan ellos en nombre de una visión del mundo diferente. Para una cantidad de ellos, por lo tanto, ese sistema que denuncian permanece muchas veces como objeto de sus deseos. Queriendo adueñarse de él ellos también, o al menos participar de todo eso, eligen aplazar el contenido de sus discursos en beneficio de la forma. El sistema está salvado.

¿Podemos pensar a raíz de esto que la trampa sería tan poderosa que el solo hecho de tomar la palabra desde un medio sería ya condenarse a ser parte del espectáculo? Una crítica de ruptura aún es posible si ella se asume como minoritaria. Su objetivo no es reemplazar o eliminar lo otro, absorber o ser absorbida. En ningún momento apunta a la toma de poder: su reivindicación se inscribe por fuera del cuadro dentro del cual se expresa. Este tipo de compromiso pone en marcha la infaltable risa socarrona, la acusación de ser negativo o infantil porque no asumiría los "inevitables" compromisos del poder. Así que por lo tanto, la ambición de todo abogado no es devenir ministro de Justicia y un grupo de artistas de vanguardia no tiene por vocación dirigir el Louvre.

Una crítica de ruptura reivindica preocupaciones

radicalmente diferentes. Se aparta de la posición de "observador" para permitir un "aquí me observo" dentro de una problemática común a todos, periodista o público, que se sitúa como un desafío, como una convocatoria al acto. La discusión se vive como una práctica, como un verdadero trabajo.

El reinado de la opinión

Cuando algunos amigos se reúnen a cenar y por desgracia la conversación empieza a girar alrededor de la política, seguro que el diablo es un convidado más o menos de derecha u otro más o menos de izquierda o un tercero que frunce el cejo disgustado reivindicándose mucho más de izquierda. El que más bebe y no cree en nada se denomina nihilista. Ciertamente, uno de ellos será un poco provocador pero aún no sabemos cuál. Y hablamos, nos enfadamos, nos agitamos y todo eso hace bien al organismo.

Hoy todo el mundo tiene ideas, estamos llenos de ideas. La libertad pasa por el hecho de que cada uno pueda tener las suyas y agitarlas a su modo. Todas las opiniones se valoran, merecen estar representadas, ser expresadas y contradichas. En algunos periódicos, pequeños sondeos son sistemáticamente publicados alrededor de cada acontecimiento, realizados entre el público o los intelectuales. Hay toda vez una suerte de proeza para que toda la gama de puntos de vista figure exactamente en las mismas condiciones técnicas, tan extensos unos como otros, con títulos de la misma medida. La prohibición de

los autos en París, las masacres en Argelia, las treinta y cinco horas, la intervención en Kosovo, la utilización de colágeno en la cirugía estética... Una emisión de televisión funcionaba en sus dos versiones: los invitados de la primera noche estaban "a favor" mientras que los de la segunda estaban "en contra". Groucho Marx escribía como ocurrencia: "Si el diario de Ana Frank hubiese sido un buen diario, habría publicado la opinión de la SS." La transparencia vale para todo el mundo, el sistema de la comunicación es aquel de la simetría perfecta y ninguna turbulencia debe venir a romperla. La mayor característica de la sociedad de la comunicación no habrá sido producir un "pensamiento único", sino más bien todo lo contrario, permitir todos los pensamientos en un mundo único.

Ninguna práctica en efecto vendrá a diferenciar a aquellos que pueden disputar con fuerza alrededor de una mesa. Sus deseos, sus vidas, sus acciones son las mismas. No hay, en esa constatación, ningún juicio moral, ni incluso ese suspiro que puntualizan ciertas conversaciones de mostrador: las personas no son consecuentes con aquello que defienden. La separación entre teoría y práctica se borra tras aquella entre individuo y mundo, mucho más compleja. Cada quien aprobará tanto como criticará lo que se desarrolla ante sus ojos pero, sinceramente, nadie ve cómo podría cambiarlo o hacer algo. Creando este universo de puro espectáculo que funciona aislado, alejado de la realidad, la sociedad de la comunicación instaura esa supremacía de lo virtual donde nos

da la impresión de no tener asidero. Allí todo ha devenido posible, asegúrenos. Todo es posible pero nada es real. Sucede entonces que lo real es justamente lo que digo: no todo es posible. Esta promesa de omnipotencia ha terminado por arrastrar a la impotencia.

La descripción del habitante del mundo de la comunicación extrañamente corresponde punto por punto a aquella que la psicopatología hace del depresivo⁶. Nos felicitamos porque el sistema de la comunicación ha acortado las distancias, incluso las ha eliminado. También el tiempo se ha estrechado, todo lo sabemos más rápido, todo lo tratamos más rápido. La depresión neurótica se manifiesta exactamente por los mismos síntomas, esa impresión de que el mundo se ha vuelto demasiado pequeño, demasiado conocido, sin ninguna parte a dónde ir. Aquí también aparece la sensación de que el flujo del tiempo ya no puede ser dominado.

El hombre comunicacional se siente investido de una lucidez a toda prueba, al igual que todo paciente depresivo se presenta como omnisciente. Tanto uno como el otro tienen la sensación de estar increíblemente informados de todos los pormenores de la vida. El depresivo es un ser informe pero que lo sabe. Conoce todas las astucias, todos los argumentos que podríamos plantear para socavar sus tristes certezas. El cono de sombra de la duda ha desaparecido en él. Nadie lo puede sorprender, no siente curiosidad alguna. Sale de la depresión en el momento exacto en que, abriendo la boca, avala una incertidumbre sin

poner reparos. Aceptando la existencia de la duda, de esa otra parte que no es inmediatamente conocida o cognoscible por él, el deseo reaparece.

El hombre comunicado es el gemelo del depresivo. ¿Para qué moverse puesto que en otra parte no estamos forzosamente en otra parte? ¿Para qué hacer algo puesto que nada puede cambiar? También él termina inerte dentro de la inmovilidad absoluta.

Notas

¹ Guy Debord, *La Société du spectacle*, Gérard Lebovici, París, 1998, p. 13.

² Ver Philippe Breton, *L'Utopie de la communication*, La Découverte, París, 1995.

³ Como lo ha mostrado bien Philippe Breton, *L'Utopie de la communication*, *ibid.*

⁴ Michel Foucault, *Surveiller et punir*, Gallimard, París, 1989, p. 197.

⁵ Miguel Benasayag, *Le Mythe de l'individu*, La Découverte, París, 1998.

⁶ Ver sobre este punto: Alain Ehrenberg, *La Fatigue d'être soi: dépression et société*, Odile Jacob, París, 1998.

(LA SEÑAL DE ALARMA)

¿Denunciar lo inaceptable?

Una idea muy difundida en nuestra sociedad de la comunicación sostendría que los horrores, las masacres y las injusticias fueron posibles en el pasado porque la gente no sabía lo bastante sobre lo que ocurría a su alrededor¹. La prensa continúa funcionando actualmente dentro de ese mito de la información que libera con su fuerza emancipadora o educativa. Frente a las críticas que la asaltan cada vez más violentamente esta creencia permanece como uno de los últimos refugios de su dignidad, una de sus esperanzas de salud que le permiten hablar de libertad y afirmar que ella tiene su lugar.

Es cierto que no todo funciona del mejor modo en los medios, argumentan regularmente los periodistas. Pero mostrando, develando, participamos del gran movimiento ciudadano en el que los malvados terminan por ser castigados y las injusticias reparadas. Esta convicción está fuertemente anclada en el imperativo de transparencia que domina nuestra sociedad. Si la prensa quiere y debe saber, si ella pone esta exigencia como eje de todo su trabajo, es sobre todo porque permanece profundamente convencida de que el conocimiento de las cosas va a desencadenar forzosamente una reacción. Esta fe permite a los periodistas creer ellos mismos, y a pesar de todo, en la ideología de la comunicación.

Por otra parte, dentro de las salas de redacción, a menudo nos interrogamos con gravedad para saber cómo presentar una situación a fin de que la opinión mida la importancia, vea la centralidad de las informaciones que deseamos publicar. La aparición de un nuevo informe sobre la polución, las premisas de una guerra, la conservación del planeta, dan lugar a múltiples negociaciones para decidir qué destacar, qué tamaño dar al título, qué palabras emplear a fin de despertar al planeta y provocar el efecto de una “señal de alarma”.

No se trata aquí de un fenómeno para tomar a la ligera. Al contrario, se inscribe quizás en uno de los raros espacios de real sinceridad entre el periodista y todo ciudadano que se inquieta acerca del devenir de la sociedad o del mundo. Para unos y otros, aquí se juega una íntima y compleja cuestión, una pregunta que anida en la profundidad de la conciencia. En cada situación a la que confronta, el periodista intentará descubrir los indicios que le indicarán que un punto de no retorno será alcanzado en lo sucesivo. De su lado, escuchando después las informaciones, a su turno el público intentará distinguir estas señales, que podrían anunciarle que “de ahora en adelante, ya no es más como ayer”. El oyente escucha, se pregunta si el día ha llegado, si esa famosa gota de agua no estará justamente a punto de caer, exigiendo, en adelante, que él reaccione. Con el semblante serio, con cierta angustia a veces, devorará los periódicos buscando esa única información: la que le dirá con certeza que se está “oficialmente” dentro de lo inaceptable.

Esta creencia ha creado una relación cada vez más irracional con la información revelando dos tipos de actitudes extremas, opuestas en apariencia pero que remiten a lo mismo. De un lado, una parte del público desea siempre más información. Esos no se desenganchan jamás, conectados continuamente con las fuentes de información disponibles, atormentados por el sentimiento de que si ellos abandonan el puesto corren el riesgo de estar perdidos en un mundo cada vez más amenazante —complicado— acelerado. A la inversa, los otros han abandonado completamente la tarea con la clara sensación de haberse perdido el inicio de la película: en adelante, las noticias también señalan un mundo por entero amenazante-complicado-acelerado, pero que no los tiene en cuenta. Incluso el sonido de la radio les provoca una suerte de rechazo. Si los primeros permanecen en alerta constante temiendo perder la “señal de alarma”, los segundos, a la inversa, tienen la impresión de escucharla repicar perpetuamente en sus orejas a tontas y locas. Ellos experimentan tal suerte de saturación frente a la prensa, que viven en permanente tensión dando la señal de alarma a la menor alerta.

Los diarios oscilan exactamente alrededor del mismo eje. Algunos tienen tendencia a alivianar cada vez más sus tradicionales páginas de actualidad en provecho de lo que ha sido bautizado “magazine”, o “light”, es decir la cultura de las dietas y la pasión por los videojuegos. Considerados como demasiado áridos o demasiado graves, ciertos informes serán vo-

luntariamente sustraídos bajo el pretexto de que deprimen al lector. Otros, en cambio, serán lanzados con las noticias, siempre más nuevas y más frescas, difundidas en continuado, a toda hora, hasta el hartazgo.

Este desarrollo de la señal de alarma funciona generalmente movilizandando las imágenes y situaciones de un pasado más o menos reciente que actúa en la memoria. En la cultura europea, la Segunda Guerra mundial permanece evidentemente como el punto de referencia central. Sobre la cuestión de los emigrados, por ejemplo, un lector se preguntará si no estamos “ya” en un estado comparable al fascismo. Ante los excesos del lenguaje de un nazi local de pacotilla alguien se interrogará si aquello no abre la puerta a Auschwitz?. Toda nueva tentativa de registro de la población desencadena, infaliblemente, comparaciones con los empadronamientos impuestos por las fuerzas hitlerianas.

Así, ciertas palabras como “deportación”, “fichero” o “delación” tienen por función constituir señales de alarma unívocas. Si lo que ellas designan llega a concretarse, la creencia general es que los hilos de lo cotidiano se desmoronarían en tales circunstancias. Una suerte de canto de los partisanos vendría a convocar a los hombres de buena voluntad cuyas actitudes serán, en adelante, expuestas delante de sus niños. Es el famoso: “¿Abuelo, qué has hecho tú entre 1939 y 1945?”.

Hoy en día, cada uno sabe que los que se han comprometido en Francia durante ese período, han

debido evitar la señal de alarma. Han sostenido una postura de resistencia que no estaba consensuada y cuyos llamados partían sobre todo de los sectores minoritarios de la sociedad. Vigorizados por esta experiencia, pensamos que obraríamos mejor que ayer, que de ahora en adelante estamos advertidos y que sabremos entender. Evidentemente, nada es más ilusorio que esto.

La dinámica entre información y reacción, ¿obedece efectivamente a una verdadera relación de causa y efecto? ¿O se trata de dos procesos que se entrecruzan y enfrentan pero sin relaciones directas? ¿Existe por otra parte una masa crítica de informaciones a partir de la cual las personas reaccionan? ¿Alcanzan en algún punto una frase o un artículo a resonar de pronto como verdaderas señales de alarma, como un clarín democrático capaz de producir un efecto de cristalización?

Oradour-Kosovo y regreso

Durante el transcurso del verano de 1999, mientras que la situación en Kosovo aún no estaba apagada, hemos conmemorado en Francia, una vez más, la masacre de Oradour-sur-Glane donde 642 personas fueron asesinadas por los soldados alemanes y franceses de la SS el 10 de junio de 1944. Un poblado borrado del mapa y sus habitantes exterminados mientras que las fuerzas aliadas ya habían comenzado a liberar el territorio. Visitando el sitio algunas semanas después del drama, el general De Gaulle

pidió que las ruinas sean conservadas en ese estado con la finalidad de que cada uno lo recordara. Este es el caso: Oradour permanece como un faro en la memoria francesa y cincuenta y cinco años más tarde el presidente de la República, Jacques Chirac, ha ido a refugiarse allí muy mediáticamente. Pero como los emigrados del Antiguo Régimen, regresados a Francia en 1814, nada hemos olvidado y tampoco nada hemos aprendido.

Ahora, leyendo en paralelo los testimonios de los sobrevivientes de Oradour en 1944 y los de los sobrevivientes kosovares en 1999, la misma pieza parece reinterpretarse con medio siglo de distancia. Hay aquí una similitud absoluta en el horror, no solamente en el desarrollo sino gesto por gesto, palabra por palabra; borrando nombres y fechas bien podríamos confundir unos con otros.

Robert Hébras, sobreviviente de la masacre francesa, recordaba así el inicio de la operación: “Desde el puente, numerosos soldados comenzaron el cercamiento de la aldea. Durante ese tiempo, las tanquetas a cargo de los hombres con uniforme de combate atravesaron el poblado y se detuvieron en la salida norte. Todos los soldados de la SS descendidos de vehículos se desplegaron fuera del burgo para completar la fase de cercamiento, con excepción de dos que descendieron por la calle principal para hacer salir a todos los habitantes de sus casas y agruparlos en la calle. En pocos minutos la aldea fue rodeada impidiendo la salida. La primera fase, que consistía en reunir a la población en el lugar de la

feria e impedir toda evasión, había comenzado.”³ “Aproximadamente seiscientas personas están agrupadas en el lugar y las ametralladoras apuntan sobre nosotros.” Aziz narra lo sucedido durante la jornada del 29 de marzo de 1999 en Krushe Madhe, villa de Kosovo que cuenta con un número de habitantes casi igual al de Oradour: “El poblado ha sido cercado y los militares serbios han pasado por cada hogar para hacernos salir. Nos han reunido en la plaza.”⁴

Regreso a Oradour, cincuenta años atrás, son las 15 horas: “Unos soldados vinieron para separarnos: los hombres a un costado; las mujeres y los niños al otro”, narra Robert Hébras. “Dieron una orden y el grupo de las mujeres tomó el camino hacia la salida de la aldea. Fueron llevadas hacia la iglesia. [...] Un oficial nos preguntó si teníamos armas. Fuimos repartidos en seis grupos desiguales, que fueron llevados en direcciones diferentes. Mi grupo era por lejos el más importante. Uno de los soldados que nos escoltaba nos ordenó meternos dentro del cobertizo Laudy. Dos soldados han barrido la entrada del cobertizo e instalado las ametralladoras.” Como un eco, en Krushe Madhe, Aziz prosigue: “Separaron a los hombres de las mujeres. Buscaron las armas, les habíamos dicho. Después, debimos poner las manos detrás de la cabeza y hemos sido llevados hasta un establo a la salida de la villa”.

En el cobertizo Laudy, a las 16 horas, los hombres de Oradour escucharon una explosión, probablemente una granada. “A esa señal, los soldados

tendidos detrás de sus metralletas ajustaron sus posiciones y tiraron”, escribe Robert Hébras. “Entre un alboroto ensordecedor y el olor a pólvora, todos los hombres cayeron unos sobre otros. [...] Permanecí inmóvil como muerto. Escuché pasos. Eran de los soldados que buscaban entre nuestros cuerpos para rematar los sobrevivientes. Luego nos cubrieron de heno y leña y encendieron el fuego. La masacre terminó, una cacería humana fue organizada. Todo testigo era sistemáticamente abatido sin proceso. Por todas partes del pueblo fueron descubiertos los cuerpos.”

Después de dos horas de espera en el establo de Krushe-Vogel, Aziz escuchó a un soldado serbio reprendiendo a otro: “Le dijo: ‘Estás retrasado, apúrate. Debes hacerlo.’ El otro ha respondido que no tenía por qué inquietarse, que no le harían falta más de dos minutos. Se puso a tirar con una metralleta. Después, los otros han revisado para rematar a los que se movían. Inmediatamente, prendieron fuego”. Justo al lado, en el poblado vecino, las mujeres de Kosovo son igualmente conducidas hacia el lugar santo, la mezquita. Quien entra hoy a Krushe-Vogel permanece asombrado por la minuciosa destrucción de cada edificio. No hay un solo muro en pie, ni una piedra, que no haya sido ennegrecida por las llamas. Todo aquello que podía robarse ha sido robado, las radios y las cubiertas de los asientos de los pocos autos que han quedado en las calles vacías han sido arrancadas.

De nuevo Robert Hébras: “Los SS han procedido

al pillaje y lo que quedaba ha sido destruido con notable encarnizamiento. Recién después de saquear la aldea han prendido fuego a todas las casas”. Hasta en las borracheras de la noche siguiente se parecen las historias de Oradour y Krushe-Vogel: en los dos casos, los soldados eligieron una casa aparentemente confortable para pasar la noche y la abandonaron al amanecer sembrada de botellas de alcohol vacías.

Algunos días más tarde, en ambas ciudades, nuevas tropas vendrán a cavar las fosas y prender nuevos incendios para intentar hacer desaparecer el mayor número posible de cadáveres.

Al comparar estos dos testimonios, para nada se trata de establecer un paralelo entre el régimen de Slobodan Milosevic y el de Adolf Hitler, ni incluso de confundir la Francia de 1944 y el Kosovo de 1999. En cambio sí podemos relevar que la barbarie en Europa está condenada a la repetición y responde a una restringida combinatoria de modos operativos de suerte que las mismas escenas se corresponden sin cesar a través de los años. Hoy no debe haber mucha gente en Francia que ignore lo que ha pasado en Oradour. Incluso el nombre de la aldea está impreso en nuestros espíritus como el símbolo de aquello que no debe repetirse jamás. Todo el drama es conocido, enseñado en las escuelas, referencia absoluta de un período hacia el cual las miradas inquietas aún se vuelven. Desde 1989 disponemos de informaciones, ciertamente más o menos completas, sobre la opresión de que es víctima la comunidad albanesa de Kosovo. ¿Quién puede decir que no lo

sabe? Absolutamente nada de eso ha impedido que en Kosovo se reproduzcan las masacres, no comparables pero *exactamente* similares, cerca inclusive en la elección del cobertizo, a aquella de Oradour. El saber no ha evitado la repetición. Existe con seguridad una interacción entre esos dos niveles, pero es preciso constatar acabadamente que el conocimiento en nada garantiza una reacción social significativa.

Esto vale también en un régimen dictatorial: cuando este llega a su fin nos damos cuenta de que la información estaba aquí desde siempre. Incluso en los países donde la prensa es extremadamente vigilada existen maneras disuasivas de hacer pasar los mensajes (por ejemplo, bajo la excusa de comentar la actualidad internacional, algunos títulos llegan a destilar noticias sobre la situación interior). Esto es más evidente todavía a la hora de la circulación mundial de la información, como lo hemos visto en Argelia.

En 1998, Amnistía Internacional había encintado su informe sobre la situación de ese país con una banda negra que afirmaba: "Para que nadie pueda decir: no sabíamos". También dentro de la prensa francesa, algunos especialistas en el tema han dado cuenta regularmente de las atrocidades que han jalonado ese conflicto desde que ha estallado en 1992, a pesar de las amenazas del gobierno argelino y por momentos la hostilidad de sus colegas. Algunas informaciones han circulado ampliamente en Argelia. Así es que nadie ignora que la elección presidencial de febrero de 1999 ha estado marcada por un fraude

masivo ni que las fuerzas de seguridad regularmente impiden manifestarse a las familias de millares de desaparecidos. Es por eso que incluso entre los especialistas en el tema, se escucha todavía hoy, una y otra vez, el mismo lamento: "¿Argelia? No sabemos bien lo que ocurre allí".

Todo esto no quiere decir, evidentemente, que la información no juega ningún rol o que ella se opone a la acción. Algunos sostendrán, en efecto, que un compromiso reclama, ante todo, un alma bien templada y una suerte de intuición celeste que distinguiría el bien del mal sin ninguna necesidad de otras referencias. Nosotros pensamos, a la inversa, que las encuestas de las organizaciones de defensa de los derechos humanos o de los periodistas son fundamentales. Por su coraje, su trabajo, ellas van a proveer las indicaciones indispensables para advertir y actuar en las situaciones concretas. Sus informaciones son una condición necesaria para el compromiso de cada uno. Necesaria pero insuficiente.

Porque esos dos conceptos tienen una enojosa tendencia a confundirse. Después de la guerra, la apuesta de los progresistas a la educación nacional había sido elevar las generaciones siguientes bajo el estandarte de la libertad. Pero su buena voluntad ha terminado por debilitarse ante la repetición de lo que creímos que no ocurriría "nunca más". Desilusionados al constatar que la educación no era suficiente para crear un mundo de hombres libres, algunos han podido declarar que ella no sería necesaria de ahora en adelante. Por lo tanto, toda ética de la libertad

exige que podamos perseverar en la construcción de lo necesario, incluso si ello nunca fuera suficiente. De todas formas lo "suficiente" no tiene chance alguna de existir sin una construcción previa de lo necesario.

Paradójicamente, esa realidad que la prensa misma intenta muchas veces eludir, esa suerte de dilema absurdo al que se arroja a menudo: ¿manipulan o no los medios a la opinión pública? Desde el momento en que una información no basta para provocar alguna reacción, las puestas en escena no convencen más que a aquellos que desean creerlas.

Sobre la trama de lo cotidiano

Durante la dictadura en Argentina, en los años setenta, el objetivo del régimen era doble. La represión debía permanecer oculta ("desapariciones", centros de tortura clandestina), pero se precisaba, sobre todo, que todo el mundo sintiera un clima de horror general. Todos los periódicos oficiales negaban la represión pero narraban la aparición de cadáveres mutilados que cada quien sabía de dónde venían. De igual modo, una noche, en el obelisco, en pleno centro de Buenos Aires, delante de miles de testigos, dos autos se detuvieron. Descendió un hombre joven, desnudo, que los militares atarían al monumento. Luego lo fusilaron en público. Podríamos pensar que frente a estos acontecimientos una gran mayoría de argentinos hubo considerado que la "señal de alarma" había sonado. Ese no fue el caso. No

cesaríamos de sorprendernos por la capacidad de reconstrucción permanente de ese "sentido de lo cotidiano". Para eso también el mecanismo es universal.

Un hombre va por la calle con sus preocupaciones, sus alegrías, sus penas y esa crisis económica que envuelve siempre las situaciones extremas monopolizando las inquietudes de cada uno. Ese ciudadano tiene en la cabeza el vencimiento del alquiler, los cuidados que no podrá pagar a su madre y quizás también las explicaciones que dará a su esposa a propósito de llamados telefónicos insistentes que alguna mujer no para de hacer.

En ese momento, dos Ford Falcon se detienen bruscamente. Seis personas armadas descienden y atrapan a una joven mujer que caminaba justo delante de él. Precisamente, él la había observado porque era bella y su andar le había parecido alegre. La escena será tan rápida que con un poco de buena voluntad podríamos incluso dudar de su realidad. Pero apenas el Ford Falcon desaparezca en el tránsito el argentino se encontrará pensando: "Por algo debe ser" o quizás: "Ella debía estar mezclada en alguna historia". Si un día lo invitamos a firmar alguna petición, sin dudas experimentará un cierto malestar, acidez estomacal, tal vez insomnio. Pero él, piensa, es "correcto". Esa situación es horrible pero "por algo debe ser". Si al llegar a su casa, su esposa le dice que esa mujer ha llamado dos veces, la desaparecida habrá desaparecido también, rápidamente, de su conciencia.

"Por algo debe ser." La frase vale más que una plegaria. Resuena como una fórmula mágica que deja

a merced de cada uno la posibilidad de cerrar la puerta del infierno cuando se entreabre delante de sus ojos. Quizás hoy en día, los argentinos están listos para reaccionar ante las frenadas de los Ford Falcon que se detienen. En cambio frente a los "chiquilines" de la calle, la privatización de los hospitales, la miseria, dirán: "Por algo debe ser". Ese "algo" es ahora diferente, eso lo vuelve confuso, difícil de aprender. Los acontecimientos que vivimos tienen forzosamente un carácter "complejo".

En Francia, Bélgica, Alemania, por toda Europa, las autoridades han dispuesto, luego de años, los famosos charters para las expulsiones de extranjeros en situación irregular. Poco a poco la población ha sabido —al menos los que han querido saberlo— que existen en algunos países campos de detención donde los clandestinos son prisioneros hasta ser conducidos a la frontera. Incluso una vez que la prensa lo ha informado, estuvimos al tanto de que los "retenidos" son atados, amordazados y golpeados cuando rehúsan a dejarse expulsar tranquilamente. Algunos hasta son asesinados. Todo eso ha sido abundantemente publicado.

Dentro de su multiplicidad, los periódicos testimonian todo lo que los diferentes sectores de la sociedad piensan, desean o viven. Ciertos títulos justifican esta política, otros la ven con ojos más críticos, los más contestatarios la juzgan mala y una miríada de órganos de prensa más marginales considera que el umbral de lo admisible ha sido largamente rebasado por la especie. Frente a la brutalidad de estos

actos como ante las olas de despidos en empresas de cuantiosas ganancias la mayor parte de los Europeos saben. Incluso algunos han leído en su periódico que ha sonado ya la hora de la barbarie. Pero las expulsiones... "por algo deben ser", un algo que esta vez reenvía vagamente a una razón económica superior, a una inevitable naturaleza histórica, al horizonte inquebrantable de nuestro mundo neoliberal.

Como ese hombre en las calles de Buenos Aires que se lamentaba, pero pensaba sinceramente que el secuestro de la joven tenía una explicación cualquiera, los franceses no estarán siempre de acuerdo entre ellos sobre las razones que sospechan. Pero el sentido de lo cotidiano será restablecido porque habita en la certeza de que allí dentro no hay un punto irracional. La convicción de que esos acontecimientos responden a un motivo cualquiera es fundamental para la ausencia de reacción de un testigo frente a la irrupción de algo real que en principio es reputado como inaceptable. Él no lo aprueba necesariamente, hasta puede sentirse en radical desacuerdo. No es el contenido de la razón evocada lo que va a restablecer el sentido de lo cotidiano, sino el hecho mismo de sospechar su existencia creando una impresión de coherencia sólida y estancada. Creer que eso que atravesamos corresponde a una lógica superior, incluso si ella fuera oscura o detestada, basta para volverlo soportable.

Podemos comprender fácilmente cómo este mecanismo puede justificar lo que algunos calificaron como cobardía para designar la actitud de esos ciu-

dadanos honestos que no reaccionaron a la barbarie. Es más difícil admitir que esta vale también a veces para aquellos que se indignan ante esta indiferencia. Como esos convencidos militantes que ven en la "mundialización" la causa profunda de todas las miserias del mundo, de las guerras étnicas, del desempleo y hasta del triunfo del Frente nacional: una convicción finalmente tranquilizadora y que conduce, paradójicamente, detrás de un discurso radical regularmente entretenido, a acomodarse a ese mundo tal cual va, puesto que seremos siempre impotentes ante la potencia de la mundialización.

En sus escritos de la cárcel, Gramsci aborda el mito de un saber, de una información al fin suficiente para desencadenar un compromiso, un cambio. Imagina una conversación entre un intelectual laico y un paisano. En un arrebato teórico, el primero se las ingenia para demostrar al segundo la imposibilidad de la existencia de Dios. Al cabo de un momento, el paisano no encuentra ningún argumento que oponer al intelectual y por lo tanto no duda un solo instante. Él no es ni tonto ni testarudo y piensa que si bien él no conoce la respuesta, sí la conoce el cura. Y si el cura no la conoce, con seguridad habrá un obispo que la conozca.

Esta evocación un tanto libre de Gramsci muestra que todo saber puede devenir tan crítico como la nueva información. Aquí los conocimientos no se oponen a los conocimientos ni la encuesta a la contraencuesta. Alcanza con evocar tácitamente en su cabeza un principio de autoridad para que nazca

un efecto de verdad. De la misma manera, si un racionalista se encuentra frente a la evidencia de un fenómeno "sobrenatural", su creencia en la ciencia no será socavada porque no encuentre una respuesta cartesiana para oponerse. Como el paisano de Gramsci, pensará que un investigador de CNRS o un premio Nobel conoce la solución. La coherencia es, ahora y siempre, una cuestión de creencia. La verdad oscurantista no reside en una u otra de ellas sino en el aplazamiento de la interrogación.

Es sobre los medios y sobre eso a lo que ellos dan existencia que se funda hoy en día el principio de la autoridad. Muy a menudo, escuchando en las "informaciones" lo que pasa en otros lugares, nos preguntamos, con más o menos buena fe, por qué tal pueblo se ha dejado exterminar o por qué tal persona tolera ciertas realidades. En su lugar, pensamos, no lo habríamos aceptado y cada uno descubre de pronto sus reservas de lucidez y energía atesoradas.

Pero en ese caso nos situamos como espectadores frente al acontecimiento, olvidando que lo insoponible en sí no existe: el hilo de lo cotidiano es lo suficientemente resistente para evitar toda ruptura. La realidad puede devenir dura, inquietante, pero el desgarramiento, ese momento en el cual es preciso comprometerse o no, jamás es señalado por un signo enviado del exterior. Vivimos soportando las epidemias, la vejez y la muerte porque ellas nos parecen señalar un orden superior. De pronto, ciertas enfermedades, como el SIDA, son declaradas

“inaceptables”. En algún momento pasan del estatuto de la fatalidad a aquel de la injusticia. No es asunto de una noticia de más o de menos como si fuera resultado mecánico de una suma de elementos (de la que es parte la información), sino de una elección: decidimos cuestionar una realidad, no tolerarla más.

La misma información producirá diferentes efectos según la posición subjetiva de las personas o de los grupos que la reciban. Incluso sin disponer de todos los datos, una actitud puede convalidarse por analogía a situaciones anteriores. Para cualquiera que se comprometa, más bien se producirá una “brecha en el saber” a partir de la cual este se reordenará. Todo lo que cada uno conocía tomará un nuevo sentido. Es una apuesta interior, personal, una hipótesis que se posa sobre un punto de apoyo en un momento dado, aunque más tarde ella se derrumbe. Lejos de fundarse sobre el confort de una certeza, esta elección señala un desafío para quien, sumergido en una situación, asume la decisión de actuar.

Para todos los expedicionarios que al amanecer se aprestan a lanzarse a la acción, el destino se juega a todo o nada. Sean terroristas enfrentados a la sociedad, o aun a la humanidad, sean héroes que habrán de asumir una gesta libertaria. En todos los casos, lo que el rebelde no sabe es el resultado de su apuesta, en la que se juega sin embargo su vida.

¹ Philippe Breton, *L'Utopie de la communication*, op. cit.

² Miguel Benasayag y Édith Charlton, *Critique du bonheur*, París, La Découverte, 1989, p. 26.

³ Robert Hébras, *Oradour-sur-Glane: le drame heure par heure*, Ediciones CMD y Robert Hébras, Montreuil-Bellay, 1992.

⁴ Testimonio recogido en junio de 1999 en Kosovo por uno de los autores.

(A MODO DE CONCLUSIÓN)

En el corazón de las tinieblas

Como Lady Di, como los campeones olímpicos, como los refugiados ruandeses, Dolly, la oveja clonada, es una estrella de los medios. Su nacimiento fue arropado con las más hermosas galas periodísticas. Anunciamos los datos, las pequeñas historias, los informes secretos. Ya alrededor de la cuna, un pequeño mundo intelectual se organiza espontáneamente como las tribunas de un estadio de fútbol. Unos a favor, otros en contra. Cada uno con su opinión, eso es la democracia.

Apenas publicada, cada noticia goza *ipso facto* de un doble estatuto: es saludada como la más increíble, la más loca, pero es colocada con la misma rapidez en el razonable catálogo de lo explicado y familiar. El lanzamiento del euro, la llegada del Tour de France, la guerra en Bosnia o el fanatismo por un juego de video son fundidos exactamente con el mismo molde de fabricación que transformará un acontecimiento en una información. Sometidos a la opinión de los expertos, comentado por un editorial, encarnado por un personaje, explicado y juzgado con andanadas de estadísticas y cronologías, todo acontecimiento será reenviado a la larga lista de lo que ya hemos conocido, clasificado en el ranking de "las últimas grandes catástrofes", de los ensayos más alo-

cados o de las más bellas mujeres del mundo. Devenida imagen, extraída de lo real, podrá ser interpretada como representativa o no de la última tendencia de la sociedad de la comunicación.

No es culpa de los periodistas, le explicarán. Ellos informan, intentan mostrar y hacer comprensible. Frente a Dolly, se defienden, no pueden hacer más que instruirse —o al menos intentarlo— sobre las investigaciones de un genetista inglés. Y generalmente no pueden más que trabajar lo mejor posible en el mínimo de tiempo: ellos no son ni investigadores, ni expertos, salvo raras ocasiones, y se dirigen a un lector tan poco especializado como ellos.

Que la especie humana se permita cambiar el modo de reproducción debería representar una verdadera detención de la comunicación, un acontecimiento alrededor del cual una situación se reordena. Pero el periodista, creyendo que se dedica a su oficio, se esforzará en transformar ese pozo de interrogantes en un pilón de certezas. Colmará con informaciones superficiales aquello que ignora, esa verdadera complejidad que ningún sabio domina.

Aquí se vuelve a cerrar la trampa del sistema de la comunicación. Acrobacias mediante, los periódicos construyen y presentan un mundo que aparece como el resultado de un conjunto de estrategias, de explicaciones que se van articulando unas con otras. Todo es posible allí, hasta un planeta de ciencia ficción donde pronto tendremos un clon de nosotros mismos para colocar en el armario. Pero todo debe ser explicable, transparente, ofrecido a la observación,

tanto las ecuaciones como el resto. La oscuridad no es soportable porque ella no puede ser representada. Si entonces ciertos datos escapan a nosotros resquebrajando las convicciones, la ideología de la comunicación allí provee: "Se nos escapan porque los escondemos". El buen diario será aquel capaz de develar el máximo de esos engranajes secretos, de forzar a "los que saben" para que hablen. Ahí estamos en el corazón del sistema.

Son pocos los que en la actualidad pueden comprender la ciencia o la economía. Ellas han arribado a una complejidad tal que escapan al dominio: en la escala de los tiempos, somos los primeros habitantes de una cultura de la que no tenemos las llaves. Nadie posee más la ciencia o la economía, esto es más bien incluso a la inversa, afirman los investigadores. Los más agudos genios de los laboratorios no conocen, cada uno, más que un pequeño segmento de los restos técnicos del conjunto. Por otra parte, ellos no pretenden tener el control al igual que los economistas "serios" que reivindican no poder dominar los mecanismos del neoliberalismo a escala mundial. Las medidas son decididas en Washington, en Tokio o en París pero luego tienen vida propia, se organizan y se responden entre ellas fuera de todo control.

Luego, si los científicos son los primeros en intentar desmentir las extrapolaciones, los políticos harán todo lo posible para confortar la ilusión de un dominio imaginario afirmando que ellos ven claramente hacia dónde navega el barco y que la situación está bajo control. Ellos posan como especialis-

tas universales de la complejidad, todo esto afirmando que no pueden ser considerados personalmente como responsables: siempre hay por encima, al costado, en otra parte, algún otro que de eso sabe más y domina mucho mejor la estrategia.

Ciertamente que la economía o la ciencia no carecen de leyes. Ellas obedecen a reglas de funcionamiento. De eso los investigadores saben más. Pero esas leyes no son portadoras de finalidad, de sentido. No pasa porque uno aplique o impulse una finalidad para una combinatoria. El sentido se organiza al interior de ella misma creando sus propios problemas y sus propias soluciones.

No se trata entonces de poner el problema en términos falsamente shakespearianos: informar o no informar, esa es la cuestión. Lo que está en juego para la prensa se sitúa en otra parte: ¿cómo comprender ese dispositivo que crea el mundo de la representación al cual todos hemos devenido exteriores, de modo que podamos superarlo? Este problema no puede ser resuelto de forma técnica, ni por los más “radicales” designando unos cuantos “buenos” culpables (grandes medios o grandes patrones), ni tampoco con los mejores profesionales decidiendo una nueva fórmula, una nueva grilla, o abriendo las tribunas a los que se quejan de no haber tenido la palabra.

Para los periodistas, la cuestión no es, por consiguiente, hacerlo de otro modo o mejor. La línea de ruptura ciertamente atraviesa la prensa pero no se detiene allí: ella traza la frontera entre los que se

acomodan al mundo virtual de la comunicación, y por añadidura a la sociedad neoliberal que la produce, y aquellos que se comprometen en una verdadera alternativa. Pero resistir a la virtualización no consiste solamente en “posicionarse” contra ella. El periodista debe operar una revolución en su seno, como aquello que ha agitado hace algunos decenios el mundo de los historiadores. Algunos de ellos se han batido, nosotros lo hemos visto, para romper con la visión unidimensional que presentaba las imágenes de los reyes de Francia como la única forma posible de contar la historia. Esta discusión no fue en absoluto el resultado del desarrollo de la ciencia de la historia. Los investigadores se han comprometido en ella para oponerse a las consecuencias de aquellos modos de proceder, para romper claramente con un funcionamiento que naufragaba en la representación.

Hoy en día es necesaria una ruptura de este tipo para resistir a la abrumadora dominación del mundo espectacular de la comunicación. Sería absurdo, por lo tanto, trazar en los cielos un plan de batalla detallado de una prensa “no comunicante”. Más modestamente, el periodista debe rendir cuenta de un mundo múltiple de individuos múltiples, hablar de cosas que no “representen” nada, en el sentido propio del término. Debe abrirse a las prácticas sociales concretas de la totalidad de los ciudadanos, a las brechas de un mundo no utilitario y no capitalista. Para la sociedad actual, el “periodismo real” de estos días es perfecto. ¿Deseamos esta sociedad actual?

(ÍNDICE)

PRÓLOGO	7
INTRODUCCIÓN	9
DEL MUNDO Y DE SUS HABITANTES.....	13
La revolución fracasada	13
Los periodistas en busca de personajes	19
Como en televisión	27
Pequeños consejos para aquellos y aquellas que deseen pasar por los medios	32
TIEMPO DE CIUDADELAS.....	39
Pequeño tratado de geografía	39
Lección práctica. Cómo preparar un sujeto para el noticiero de las 20	46
La partición del mundo	49
La religión de los hechos	53
La danza de la lluvia	61
Lecciones de guerra en tres fechas	67
El sexto sentido	71
<i>Notas</i>	75
LA IDEOLOGÍA DE LA COMUNICACIÓN.....	77
La transparencia	77
La crítica espectacular del espectáculo y sus límites	88
El reinado de la opinión	94
<i>Notas</i>	97

LA SEÑAL DE ALARMA.....	99
¿Denunciar lo inaceptable?	99
Oradour-Kosovo y regreso	103
Sobre la trama de lo cotidiano	110
<i>Notas</i>	117
A MODO DE CONCLUSIÓN	119
En el corazón de las tinieblas	119

Impreso en
A.B.R.N. Producciones Gráficas S.R.L..
Wenceslao Villafañe 468,
Buenos Aires, Argentina,
en abril de 2001.

L
A
F
A
B
R
I
C
A
C
I
O
N